

Göran Therborn

Los trabajadores y la transformación del capitalismo avanzado

Incluso una óptica en extremo miope basta para discernir la situación anímica en que se encuentra hoy la izquierda, particularmente la izquierda socialista, en los países con un capitalismo avanzado.*¹ El cuadro general es sombrío, destacándose algunos trazos particularmente negros sobre las Islas Británicas, algunos matices de un rosa pálido ahí donde las operaciones de resistencia ofrecen por lo menos la esperanza de que la socialdemocracia se mantenga hasta las próximas elecciones, y unos cuantos puntos verdes en ciertas partes de Alemania Occidental. Parecería que la única secuela adecuada a la memorable Conferencia Conmemorativa de Marx de 1978 de Eric Hobsbawm, "¿Se ha detenido la marcha hacia adelante de los trabajadores?"² fuera "¿Puede detenerse el retroceso de los trabajadores?" Las pocas visiones positivas sobre el futuro que aún pueden encontrarse aquí y allá en círculos de izquierda, están vinculadas casi invariablemente a los más bien nebulosos "movimientos neosociales", los "nuevos sujetos políticos" o las "nuevas subjetividades". Probablemente no sea del todo injusto afirmar que su "novedad" expresa antes bien la desaparición de viejas cuestiones que el surgimiento de nuevas instancias de transformación social. Aquello que la gente define como realidad no deja de ser siempre una parte importante de la misma, y bien pudiera considerarse que el sentido actual de abatimiento e incertidumbre es la manifestación de una profunda crisis de la izquierda dentro del capitalismo avanzado. Sin embargo, la tradición de izquierda comprende un componente crítico, racionalista y científico, al que jamás han satisfecho los discursos y las definiciones ideológicas prevalecientes sobre la realidad. De hecho tal tradición siempre ha supuesto que puede haber una divergencia entre la forma como el mundo aparece a la luz de una determinada coyuntura y la manera en que se presenta bajo una perspectiva histórica más profunda; y que la tarea del análisis crítico es definir el carácter y el alcance de cualquier divergencia de esta índole, con una orientación hacia su esclarecimiento racional. Esta última tradición, de la cual la ahora heréticamente ortodoxa noción de "socialismo científico" constituye el ejemplo primordial, ha tendido a emplear sus instrumentos más afilados para hacerse cargo del Otro, del enemigo o de las tendencias antagónicas, pero sólo rara vez para analizar a la izquierda o a la tendencia propia dentro de ella. Este artículo pretende ser una aportación modesta al trastrocamiento de dicha corriente.

¹* Este artículo se escribió originalmente para la mesa redonda de Cavtat, Yugoslavia, en octubre de 1983. La presente versión se ha visto favorecida grandemente merced a la viva discusión entre numerosos puntos de vista característica de Cavtat. De manera particular, el autor expresa su agradecimiento a la minuciosa crítica hecha por Perry Anderson al borrador original.

² E. Hobsbawm et al., *The Forward March of Labour Halted?*, Verso/Marxism Today, Londres, 1981.

I. EL LUGAR HISTÓRICO DEL MOVIMIENTO LABORAL

Logros importantes y reveses secundarios

A fin de lograr una comprensión analítica, es preciso que se sitúe al presente trabajo dentro de una trayectoria de desarrollo histórico, siendo necesario el ajuste de las idiosincrasias locales y personales a través de una disciplina de investigación y de síntesis sistemáticas y de carácter internacional.

Por ende, siendo que el presente artículo propone un planteamiento acerca de la situación política dentro del capitalismo avanzado, habrá de referirse a los veintitrés estados soberanos de Europa Occidental,³ América del Norte, Australia, Japón y Nueva Zelanda. . .

En ocho de estos países, a saber, Australia, Austria, Finlandia, Francia, Grecia, Portugal, España y Suecia, hay actualmente regímenes socialdemócratas, o formas de gobierno en que los socialdemócratas prevalecen. En Italia, un primer ministro socialista preside un gabinete predominantemente demócrata-cristiano. Esto ciertamente no significa mucho. Por otra parte, con excepción de Francia, los países regidos por los trabajadores son o pequeños o económicamente periféricos dentro del capitalismo avanzado, o ambas cosas. Y no obstante, un patrón gubernamental semejante sólo se ha alcanzado una vez con anterioridad en la historia política de estos países, en 1945-47.

Hablando en términos generales, el movimiento laboral dentro de las zonas capitalistas principales ha pasado por dos periodos de crecimiento general, dos trascendentes saltos hacia adelante, dos periodos de estancamiento o retroceso, y una coyuntura de escisión que implicó su derrota ante el fascismo o ante formas menos violentas de reacción en algunos países, al tiempo que logros reformistas notables en otros. Actualmente estamos viviendo el final, o aproximándonos a él, de uno de los dos periodos históricos de crecimiento y avance. El primero abarcó desde finales del siglo XIX hasta la primera guerra mundial, periodo en el que el movimiento moderno de la clase trabajadora se conformó en partidos políticos masivos de carácter nacional y en confederaciones sindicales afiliadas a la Segunda Internacional. Fue en este periodo que la nueva clase de los trabajadores se organizó como una fuerza política importante. En 1914, en vísperas de la primera guerra mundial, se constituyó en Australia un gobierno nacional de los trabajadores con el apoyo de más del cincuenta por ciento del electorado. En Finlandia –todavía bajo la soberanía zarista, pero con su propia constitución– la socialdemocracia obtuvo un promedio de un cuarenta por ciento de los votos en una serie de elecciones entre 1907 y 1917, alcanzando un máximo de 43.7% en 1916, lo que le aseguró una mayoría parlamentaria. En el resto de Europa noroccidental –con excepción de los países bajos– el movimiento laboral había logrado reunir para 1914 a aproximadamente una tercera parte de los votantes.⁴

Esta primera marcha hacia adelante de los trabajadores fue frenada por la guerra mundial, que escindió a la Internacional y fortaleció las posturas nacionalistas. Empero, la hecatombe de la guerra no socavó sus cimientos: sólo en un país, los Estados Unidos, el

³ La exclusión de Malta obedece a razones de tamaño y nivel económico. Es posible esgrimir argumentos en pro y en contra de la inclusión de Israel y de Sudáfrica. En este artículo se les ha omitido.

⁴ T. Mackie y R. Rose, *International Almanach of Electoral History*, Londres, 1974.

movimiento laboral recibió un golpe del que no se recuperó pronto, si bien es cierto que el Partido Laborista Australiano no ha vuelto a recuperar jamás la posición dominante que sostuvo durante los primeros años de la Comunidad Británica.

El último año de la guerra, y sus consecuencias inmediatas, trajeron consigo un fuerte impulso para la organización de la clase trabajadora y la realización de sus demandas. La afiliación a sindicatos y partidos se elevó considerablemente en casi todas partes, en tanto que los resultados electorales nacionales mostraron por lo general un avance algo menos dramático. Las dos demandas principales de la Segunda Internacional –el sufragio universal y la jornada de ocho horas– tuvieron cumplimiento en la mayoría de los países. Las primeras revoluciones nacionales de la clase trabajadora tuvieron lugar en Rusia, Finlandia y Hungría, en tanto que los socialdemócratas constituyeron gobiernos o administraciones encabezadas por coaliciones en una serie de países de Europa Occidental.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que esta marejada se abatiera. Los levantamientos revolucionarios fueron derrotados, excepto en la devastada y aislada Rusia, siendo pronto restauradas la política burguesa y la economía capitalista. En suma, el periodo entre ambas guerras habría de ser de estancamiento para los trabajadores, y terminaría en derrotas desastrosas en Italia, Alemania, Austria y España. Unos cuantos logros permanentes se consiguieron en los treinta, como la sindicalización masiva en los Estados Unidos y el avance decisivo de la política reformista y gubernamental de las diametralmente opuestas socialdemocracias de Escandinavia y Nueva Zelanda.

El término de la segunda guerra mundial fue testigo de un nuevo salto hacia adelante que, aunque menos radical, fue más amplio que el de 1917-19. Nuevamente la afiliación de las organizaciones de la clase trabajadora se elevó, surgiendo partidos comunistas masivos en la mayoría de los países europeos. El movimiento laboral, y en particular los partidos comunistas, consiguieron fuertes triunfos electorales en casi todas partes. Se introdujeron importantes reformas sociales y políticas de empleo, y en algunos países se dieron ampliaciones significativas de la propiedad pública. El equilibrio del poder mundial cambió drásticamente con el surgimiento de la URSS como una de las dos potencias dominantes en un mundo bipolar.

Una vez más, este periodo de progresos y expectativas de la izquierda resultó ser sumamente breve. Para 1947-48 el capitalismo avanzado se estabilizó sobre nuevas bases, en tanto que las "democracias populares" ingresaban a la férrea férula del stalinismo. En los países capitalistas avanzados sobrevivieron cerca de dos décadas en que se mantuvo una posición defensiva en lo organizativo, lo electoral y lo ideológico, de manera que para 1965 sólo quedaban cinco países en el mundo donde el movimiento laboral había conseguido una mayoría absoluta de los votos depositados en elecciones nacionales competitivas libres (intermitentemente en Australia y Nueva Zelanda; en Checoslovaquia en 1946; en Noruega en 1945; y en Suecia desde 1936). Desde mediados de los años sesenta, sin embargo, los movimientos laborales sueco y noruego han vuelto a alcanzar más del 50% de los votos en las elecciones parlamentarias, esta vez conjuntamente con sus contrapartes en otros seis países.

Dado que cuatro de estos inusuales acontecimientos históricos tuvieron lugar en 1981 o

1982, y que el número de gobiernos de los trabajadores que hay actualmente se encuentra en una de sus dos cimas históricas, sería prematuro afirmar que éste es un periodo de decadencia. Antes de dirigir la mirada al lado más sombrío de algo que a muchos lectores parecerá un cuadro sorprendentemente color de rosa, debemos añadir que el crecimiento y el progreso caracterizan asimismo la situación de otros movimientos laborales.

<i>País</i>	<i>Año de elecciones</i>
Austria	1971, 1975, 1979
Finlandia	1966
Francia	1981
Grecia	1981
Noruega	1969
Portugal	1976
España	1982
Suecia	1968, 1970, 1982

FUENTES: K. v. Beyme, *Parteien in westlichen Demokratien*, Munich, 1982 y 1983, pp. 468 ss.; despacho de prensa, 1982 y 1983.

En Alemania el PSD alcanzó el apogeo de su influencia política durante los años setenta, encabezando una coalición gubernamental de 1969 a 1982. Incluso el ahora agónico Partido Laborista Británico desempeñó su más largo periodo de ejercicio administrativo en fechas recientes, 1964-70, 1974-79. En Italia, el PCI obtuvo en 1976 el segundo índice más alto de votos jamás logrado por un partido comunista dentro de una elección nacional competitiva libre, en tanto que en 1979 y 1983 obtuvo los índices tercero y cuarto más altos.⁵ Un conjunto de partidos en que se incluye tanto a los afiliados oficialmente a la Internacional Socialista, como a todos los pertenecientes a una izquierda más radical, es manifiestamente un bloque más bien artificial. Empero, consiguió el índice más alto de votos jamás logrado en las elecciones de 1983: 49.1 %⁶ en comparación con un total combinado socialista comunista del 39.7% en 1946.

En Japón, el fisiparo y crónicamente dividido en facciones movimiento laboral alcanzó una votación sin precedentes del 39-40%, primero en 1963 y nuevamente en 1972, antes de su descenso al 35% en 1980. (Por su parte, el PC japonés dejó de ser una entidad marginal para convertirse en un partido de segunda categoría con una afiliación masiva y el 10-11 % de los votos.) En Canadá el Nuevo Partido Demócrata llegó a un modesto nivel máximo del 20% en las elecciones de 1980. Nuevas marcas, de diverso valor internacional, se establecieron asimismo en Irlanda (17% para los laboristas en 1969), Islandia (22.9% para los comunistas y 22% para los socialdemócratas en 1978, ambos niveles máximos) y Luxemburgo (un total del 48.8% para los socialistas, los comunistas y los socialdemócratas

⁵ El nivel máximo fue establecido por el Partido Comunista Checoslovaco en 1946.

⁶ La cifra se refiere a la suma de los votos recibidos en las elecciones para la Cámara de Diputados por el PSDI, el PSI, el Partito Radicale, el PO y el PD.

en 1974). En los Países Bajos, la socialdemocracia alcanzó un nivel sin precedentes en 1977, mientras que sus poderes gubernamentales ya habían llegado a su apogeo durante la anterior legislatura, en 1973. El Movimiento Laboral Danés obtuvo dos sorprendentes resultados en este periodo. En 1973 los votos de los partidos laboristas y de izquierda descendieron a su más bajo nivel desde 1920, 36.7%, en tanto que en 1975 el resultado fue el segundo más bajo desde 1926. Por otra parte, en 1966 y 1979 consiguieron el más amplio apoyo de su historia, apenas por debajo del 50%.

¿Dónde, entonces, el movimiento laboral no registró progresos? En los Estados Unidos quedó completamente al margen de la política nacional, excepto como grupo de presión. En Suiza, el voto conjunto de los socialistas, los comunistas y los socialistas de izquierda ha oscilado entre el 25 y el 30%. Se ha observado una tendencia descendente en Nueva Zelanda y Noruega, que se ha agudizado dramáticamente en el caso de Bélgica. En 1981 los socialistas y los comunistas belgas alcanzaron conjuntamente el 27.4% de los votos, en comparación con un cenit (bajo el sufragio universal) del 44.7 por ciento en 1954.

También es dramática la forma en que concluyó en Inglaterra el periodo que nos ocupa, cuando el resultado obtenido por los laboristas en 1983 del 27.6% vino a ser el más bajo desde 1918, inferior en más del 20% al de 1966. Es digno de notarse el hecho de que en los dos países industriales más antiguos, Inglaterra y Bélgica, el movimiento político laboral se encuentra actualmente en un estado avanzado de descomposición y desorganización, en tanto que la socialdemocracia alemana, con un 38.2% en 1983, ha recuperado la posición que tenía a mediados de los años sesenta. Bien pudiera ser que 1983 apareciera como el año en que el segundo periodo histórico de desarrollo de los trabajadores se haya trocado en retroceso. De las siete elecciones celebradas en ese año, cinco significaron una derrota o un revés para el movimiento laboral: Austria, Finlandia (donde un apoyo sin precedentes a la socialdemocracia con respecto al periodo de posguerra se vio fuertemente contrarrestado por un agudo descenso en el apoyo a los comunistas), Alemania, Islandia y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Las elecciones australianas fueron un triunfo para los trabajadores, en tanto que el electorado italiano se desplazó ligeramente a la izquierda. En términos globales, parecería que el resultado austriaco es el que caracteriza mejor la situación general de 1983: una caída desde los pináculos de gloria y poder escalados en los años setenta, pero sin dejar de mantenerse sobre una alta meseta histórica.

Este cuadro de importante desarrollo electoral sucedido por reveses parciales se correlaciona muy bien con otra medida de movilización de los trabajadores: *el índice de sindicalización*. En dieciocho de nuestros veintitrés países, una expansión sustancial en la organización sindical durante los años sesenta y setenta condujo a una marca sin precedentes hacia finales de esta segunda década, con la posible excepción de Francia. En Australia se registraron oscilaciones alrededor de un índice más bien alto, justo por encima del cincuenta por ciento de todos los trabajadores y empleados. En Austria, Japón, Suiza y los Estados Unidos el índice de sindicalización declinó ligeramente, a pesar del incremento en el número absoluto de miembros sindicales. Debe advertirse que las derrotas traumáticas del movimiento político de los trabajadores en Bélgica y en Inglaterra, y los reveses sufridos en Nueva Zelanda y Noruega, no se han visto acompañados por un descenso sindical proporcional. Es verdad que desde 1980 ha habido bajas en Inglaterra, pero la afiliación sigue siendo señaladamente más alta que en los años sesenta. La curva de afiliación

sindical, por lo general ascendente, ha comenzado a exhibir recientemente un ligero descenso en la mayoría de los países. En Francia este proceso se inició desde 1977; la afiliación al CGIL en Italia, a excepción de los miembros jubilados, comenzó a mermar en 1978. En los Países Bajos se ha observado un marcado descenso desde 1980, mientras que la afiliación al DGB en Alemania Occidental ha disminuido menos severamente desde 1982. En Suecia, sin embargo, la fuerza sindical se mantiene incólume, en tanto que en Bélgica los sindicatos continúan expandiéndose, gozando de los beneficios de su administración del seguro de desempleo y de los contratos colectivos que conceden primas especiales a los miembros sindicales. Otro de los nuevos signos de los tiempos ha sido la erosión de las tasas salariales y de las prestaciones otorgadas por algunos sindicatos estadounidenses, comenzando con el convenio entre la UAW y la Chrysler y siguiendo con el repliegue del sindicato metalúrgico. En los Países Bajos los sindicatos han aceptado pequeñas reducciones en los salarios nominales, pero en general este fenómeno tipo década de los treinta se ha circunscrito, hasta ahora, a los Estados Unidos.⁷

Se observa una marcada diferencia en el nivel de sindicalización entre cuatro grupos de países: a] aquellos en los que una aplastante mayoría de trabajadores y empleados están sindicalizada (los cinco países nórdicos, Bélgica y Luxemburgo); b] aquellos en los que una ligera mayoría se halla afiliada a sindicatos (Austria, Inglaterra, Irlanda, Australia y Nueva Zelanda) ; c] aquellos en los que aproximadamente una tercera parte de los miembros sindicales potenciales está organizada (Alemania, Italia, Japón, Canadá, los Países Bajos y Suiza); y d] aquellos en los que sólo entre una quinta o una cuarta parte de todos los trabajadores y empleados está sindicalizada (Francia y los Estados Unidos). Si consideramos al capitalismo avanzado como un todo, el carácter limitado del desarrollo sindical está indicado por el hecho de que los principales países capitalistas pertenecen a los grupos c] y d]. Las cifras no están tan claramente definidas en las elecciones parlamentarias, pero también en este respecto el movimiento laboral es y ha sido sumamente fuerte en las zonas periféricas del capitalismo desarrollado. Sólo una vez en un país capitalista bastante avanzado ha conseguido el movimiento laboral una mayoría electoral absoluta, a saber, en Francia en 1981. En los Estados Unidos, indudablemente el país capitalista más grande y poderoso, el movimiento laboral es con mucho el más débil, y ha mostrado un descenso paulatino en los últimos diez años.

⁷ Este sumario está basado en A. Kjellberg, *Facklig organiseringi tolv lander*, Lund, 1983, y S. Mielke, ed., *Iroternationales Gewerkschalts. handbuch*, apIaden, 1983. Con respecto a los doce países de que se ocupa, el primero de estos trabajos constituye el cálculo y el análisis más cuidadoso que existe hoy del índice de sindicalización. El segundo es el manual más amplio sobre el sindicalismo en el mundo. En este caso, se ha hecho principalmente uso de él en lo referente a los once países no considerados por Kjellberg. Los datos sobre Inglaterra, Holanda y Alemania están tomados de fuentes sindicales, según su publicación en *British Journal 01 Industrial Relations*, *Statistisch Zaakboek* y *Welt der Arbeit*. Los datos sobre Bélgica y Suecia se han obtenido de sedes sindicales con la ayuda de Hans Slomp y Anders Kjellberg. (Slomp es el autor principal del trabajo sobre las relaciones industriales en Bélgica en el siglo xx, H. Slomp.T van Mierlo, *Arbeidsverhoudingen in Belgie*, Utrecht/ Antwerp, 1984, 2 voL). Sobre Francia véase G. Ross, "The Perils of Politics; French Union and the Crisis of the 1970s", en R. Lange-G. Ross·M. Vanicelli, *Unions, Change and Crisis*, Londres, 1982, p. 65; y sobre Italia, *l'Unita*, 30-11.1980, p. 10. Una perspectiva general de las reivindicaciones sindicales puede encontrarse en ILA, *Collective Bargaining: A Response to the Recession in Industrialized Market Economy Countries*, Ginebra, 1984, pp. 110-27.

Cuadro II

ÍNDICE DE SINDICALIZACIÓN DE 1980 EN PAÍSES CAPITALISTAS
AVANZADOS

<i>País</i>	<i>Miembros sindicales como % de todos los devengadores de jornales y salarios</i>
Australia	55
Austria	58
Bélgica	75
Canadá (1979)	39
Dinamarca	79
Finlandia	c.75
Francia	22
Alemania	33
Islandia (1974)	80
Irlanda	52
Italia (1979)	37
Japón (1978)	32
Luxemburgo (1979)	70
Países Bajos	38
Nueva Zelanda	c.50
Noruega	c.55
Suecia	85
Suiza	33-37
Reino Unido	54
Estados Unidos	25

FUENTES: Con respecto a Australia, Austria, Bélgica, Dinamarca, Alemania, Italia, los Países Bajos Noruega, Suecia, el Reino Unido y Estados Unidos, A. Kjellberg, *Fachlig organisering i tolv länder*, Lund, 1983, pp. 36 ss.; con respecto a los otros países, S. Mielke, ed., *Internationales Gewerkschaftshandbuch*, Opladen, 1983, pp. 431 ss., 444, 579, 585, 630, 677, 750, 810, 971 ss.

La política se lleva a cabo en las palestras nacionales, por lo que el número de logros nacionales de los trabajadores no deja de tener su importancia. Sin embargo, una perspectiva global y sistemática debe asimismo tomar en cuenta el peso diferencial entre los puntos fuertes y los débiles, los adelantos y los retrocesos.

Radicalizaciones

Sin duda, para muchos socialistas sería difícil, cuando no imposible, relacionar los siniestros manejos de Helmut Schmidt o las turbias componendas de sir Harold Wilson con cualquier marcha hacia adelante de los trabajadores. Y es probable que estos caballeros se rehusaran a ver en ellos y en sus gobiernos los eslabones de una cadena evolutiva de la clase trabajadora. Sea esto como fuere, hay otro tipo de cuestiones mucho más importantes desde una perspectiva histórica. ¿Qué ocurrió con el movimiento laboral a lo largo de este periodo reciente de desarrollo y avance generales, desde mediados de los sesentas a comienzos de los ochenta? ¿Se volvió más condescendiente o más intransigente ante el *statu qua* del capitalismo avanzado? ¿Qué sucedió con la hegemonía del capital durante este periodo? ¿Se consolidó aún más, se volvió menos flexible, o quizás vio invadidas sus fronteras? Por el momento nos ocuparemos de las dos primeras preguntas. En términos

generales parece claro que el movimiento laboral se volvió *menos* condescendiente, en aras de ser *más* radical y exigente durante este periodo. Actualmente la socialdemocracia alemana se muestra mucho menos entusiasta en abrazar la "economía social de mercado" que en el tiempo de su adopción del programa de Bad Godesberg (1959). Una significativa expresión simbólica de este cambio es la actitud del partido con respecto a Marx: en 1959 se borró a Marx por completo de la lista de las tradiciones morales e intelectuales en que se decía se inspiraba el SPD; en 1983 el SPD organizó un seminario conjunto con el SED de Alemania Oriental con objeto de discutir seriamente la importancia de Marx.⁸ Desde la ruptura de la coalición con los liberales, ocurrida en el otoño de 1982, el SPD se ha desplazado señaladamente hacia la izquierda. A finales del otoño de 1983 el gobierno del SPD de Hesse abrió conversaciones con miras a una cooperación con los verdes. En Francia se dejó por la paz al viejo SFIO y sus nociones sobre la llamada "tercera fuerza". En su lugar, el nuevo partido socialista ha puesto en práctica un "frente unido de izquierda", difundiendo una ideología que, por lo menos en los setentas, comprendía de manera explícita una "ruptura con el capitalismo". Los triunfos electorales sin precedentes de la socialdemocracia austriaca hicieron que en 1978 los líderes del partido, al igual que su cuerpo parlamentario, agudizaran su crítica sistemática del capitalismo y reafirmaran con mayor claridad el compromiso del partido con la creación de una nueva sociedad sin clases.⁹ En Suecia, tras una experiencia de gobierno de 44 años, el movimiento laboral socialdemócrata presentó la propuesta más radical, concreta e inmediata de su historia: los así llamados fondos de los asalariados, a través de los cuales la propiedad de los principales medios de producción se colectivizaría gradualmente. Si bien, por una parte, se han suavizado en diversas ocasiones las propuestas originales respaldadas sindicalmente, sigue mano teniéndose en la agenda un cambio nada baladí en cuanto a las pautas de la propiedad. El Partido Laborista Británico muestra hoy una inclinación considerable hacia la izquierda en relación a los tiempos de Attlee, Gaitskell, Wilson y Callaghan. La única excepción manifiesta es el PSI que ha tenido un marcado viraje hacia la derecha, pero como un partido mucho más reducido de lo que era. En la política internacional se ha producido un nuevo desarrollo de la socialdemocracia. La Internacional Socialista no sólo ha sido revigorizada desde 1976, bajo la presidencia de Willy Brandt, sino que ha adoptado también una nueva línea progresista, particularmente con respecto a América Latina, respaldando a la revolución nicaragüense y las luchas de liberación de Centroamérica. Es verdad que Helmut Schmidt, premier del SPD, desempeñó un papel crucial y fatídico en la nueva carrera armamentista al instigar la así llamada decisión de vertiente doble por parte de la OTAN en 1979. Empero, en la ronda final de decisiones sobre misiles de 1983, todas las socialdemocracias de la OTAN, con excepción de la francesa, la italiana y la portuguesa, votaron en contra de un nuevo despliegue de misiles nucleares estadounidenses en Europa.

8 Las discusiones del seminario se publicaron en el diario del SPD *Die Neue Gesellschaft*, n. 3, 1983.

9 Los socialistas de izquierda, tanto los que militan en el SPO como los que se oponen a él desde fuera, concuerdan en esta evaluación del Congreso de 1978. Véase la aportación de R. Loew a *Profüs de la social-démocratie européenne*, París, 1982, p. 118; así como el artículo de J. Hindel en Hindels y Pelinka, eds., *Roter Anstoss*, Viena, 1980, p. 29.

Resulta simplemente erróneo argumentar que la socialdemocracia se ha vuelto cada vez más aburguesada e integrada al capitalismo. Pudiera ser, sin embargo, que la modesta radicalización de los partidos socialdemócratas se haya visto más que compensada por un debilitamiento, o un ligero viraje hacia la derecha, de los partidos comunistas. Mientras que los partidos socialdemócratas importantes figuran en 22 de nuestros 23 países, sólo en siete de ellos existen partidos comunistas con una clara relevancia nacional, es decir, partidos que cuentan con un apoyo por lo menos equiparable al del Partido Socialista Italiano o el Partido Laborista Irlandés: un mínimo del diez por ciento de los votos.

Cuadro III

PARTIDOS COMUNISTAS RELEVANTES^a EN PAÍSES CAPITALISTAS AVANZADOS

<i>País</i>	<i>Año de las últimas elecciones</i>	<i>Porcentaje de los votos</i>
Italia	1983	29.9
Portugal	1983	18.0
Islandia	1983	17.4
Francia	1981	16.1
Finlandia	1983	13.6
Grecia ^b	1981	12.2
Japón	1980	9.8

NOTAS: (a) Incluye los votos a favor de alianzas electorales encabezadas por el PC en Portugal y Finlandia. El partido islandés es una coalición comunista-socialista. (b) el KKE obtuvo el 10.9% y el PC del Interior el 1.3%.

FUENTES: Véase Cuadro I.

Hay otros dos PC que tienen una presencia política nacional de cierto peso. El partido español obtuvo únicamente el 4.1% de los votos en 1982, pero aún mantiene la capacidad para remontar esa cifra debido a su influencia sobre una de las dos federaciones sindicales más importantes. El partido sueco, con 5.6% de los votos, ejerce poca influencia sindical, pero conserva una reconocida posición parlamentaria en tanto que apoyo no carente de importancia para los gobiernos socialdemócratas. El partido luxemburgués se encuentra en el mismo nivel electoral, 5.8% en 1979, aunque políticamente más aislado. En los demás países la influencia comunista se limita principalmente a localidades particulares o ciertos sectores de la industria.

El desarrollo y el avance no han constituido las tendencias generales dentro del movimiento comunista. Los partidos italiano y japonés han realizado progresos considerables, no obstante que su apoyo electoral ha dejado de aumentar, mostrando una disminución paulatina y constante desde 1976. Los partidos islandés y sueco han mejorado en cierto grado su desempeño electoral. Por lo demás, sin embargo, la tendencia es

manifiestamente negativa, con derrotas desastrosas recientemente en España y Luxemburgo y un deterioro continuo en Francia, Finlandia y entre los partidos menores. En comparación con los resultados anteriores al golpe de Estado obtenidos por la alianza EDA, el nivel actual de apoyo a los comunistas griegos constituye un debilitamiento importante. Incluso en Portugal, donde el partido comunista guarda hoy una posición mejor que en 1975 y 1976, los resultados electorales difícilmente reflejan el importante papel de dicho partido en la prolongada resistencia a la dictadura de Salazar.

La tendencia ideológica general de los principales PC dentro de países capitalistas avanzados ha sido de adhesión explícita a los estatutos básicos de la democracia parlamentaria, y de una ratificación de su completa independencia respecto de las políticas de Estado de la URSS. Aunque parcialmente contradicho sólo en los casos de Grecia y Portugal, puede decirse que en cierto sentido esta evolución conlleva un proceso de integración. La mayoría de los partidos comunistas han dejado de constituir anticuerpos internacionalistas y revolucionarios dentro de los países de capitalismo avanzado. En lugar de ello, operan como organizaciones de protesta de la clase trabajadora, y como fuerzas en pro de la transformación social sobre la base de los procedimientos normativos de su sociedad nacional. Esto manifiesta una clara ruptura con la tradición del Comintern. Sin embargo, el Comintern se disolvió en 1943, y en la práctica la fuerza del capitalismo avanzado dejó casi sin alternativas a estos partidos durante el periodo de la posguerra. Los recientes desarrollos son, sobre todo, un reconocimiento en principio de aquello que se había convertido en una necesidad práctica, a fin de no encerrarse en una especie de gueto cada vez más replegado. Pudiera parecer que se han operado pocos cambios fundamentales tanto en la postura anticapitalista de estos partidos como en su política cotidiana. Por ejemplo, difícilmente habría razón para considerar a la política del PCF como más moderada hoy de lo que era, digamos, en 1956, cuando proporcionó su apoyo al gobierno de Mollet. Empero, el panorama es más complejo. En el caso del PCI, el partido comunista con mayor éxito dentro de los países capitalistas avanzados, los datos extraídos de encuestas señalan que los años setenta fueron testigo de un incremento masivo en la aceptación de lo que podría designarse como enfoques procapitalistas sobre la sociedad. Este viraje hacia la derecha ha ido de la mano con el de otras fuerzas políticas de Italia.

Cuadro IV

ACTITUDES ENTRE LOS COMUNISTAS Y OTRAS ÉLITES^a
DE IZQUIERDA EN ITALIA, 1970-1981

		<i>Porcentaje completamente, o más o menos en concor- dancia con la opinión expresada</i>	
		PCI	Otros partidos de izquierda (PSI, PSDI, PSIUP, DP)
En la distribución del ingreso la posición de los trabajadores es desfavorable	1971	100	100
	1976	100	86
	1981	82	92
Los sindicatos tienen demasia- do poder en Italia	1971	5	23
	1976	10	39
	1981	21	50
El capitalismo representa una amenaza para Italia	1971	95	100
	1976	79	71
	1981	61	42
Muchos de los temores y las dudas manifestados con respec- to a la creciente interferencia del Estado dentro de las esferas sociales y económicas están cla- ramente justificados	1971	15	25
	1976	25	33
	1981	62	50
Las principales empresas indus- triales deberían nacionalizarse	1971	100	100
	1976	49	67
	1981	25	36
En los servicios públicos (como gasolina y transporte) el dere- cho a huelga debería reducirse	1971	0	8
	1976	12	39
	1981	71	78

NOTA: (a) La definición exacta de "élite" es desconocida para este autor, pero se refiere a los representantes de los partidos que desempeñan un cargo electoral oficial: exposición verbal de Wolfgang Merkel.

En la lectura de este cuadro, deben tenerse en cuenta por lo menos dos cosas. En primer lugar, el punto de partida se verifica más o menos paralelamente con la pleamar del

radicalismo italiano. En segundo lugar, las diferentes apreciaciones sobre el Estado entre comunistas y no comunistas requieren considerarse en el contexto de a) las nacionalizaciones en gran escala y las múltiples instituciones de intervención del Estado en Italia, y de b) la profunda y clientelista politización de estas instituciones estatales por parte de los partidos en el gobierno, incluidos el PSI y el PSDI. La evidencia señala de hecho una fuerte tendencia a la integración ideológica. Sin embargo, la política no se realiza mediante encuestas. Con base en los anteriores datos, no se hubiera esperado que a finales del otoño de 1980 el PCI volviera a asumir una postura de mayor oposición, sustituyendo el "compromiso histórico" por una alternativa de izquierda. La conclusión más acorde con la evolución de la línea del partido, y con la opinión enmarcada en la "élite", parecería ser que fuerte~ tendencias integracionistas están operando sobre el muy grande y nacionalmente autónomo PCI, pero que el peligro es aún más potencial que del todo real.

Sin embargo, no obstante la evidencia italiana parcialmente contraria, podemos decir en suma que el movimiento laboral de los países capitalistas avanzados es hoy manifiestamente más fuerte y (moderadamente) más radical de lo que fue en vísperas del periodo de desarrollo histórico iniciado a mediados de los años sesenta.

La afirmación cada vez mayor de los trabajadores, medida por su participación en la actividad industrial, contradice también la tesis de la integración de éstos. A este respecto, la mejor encuesta de largo alcance es la del sociólogo israelí Michael Shalev, de quien se ha tomado el Cuadro v. El criterio preciso adoptado por Shalev es lo que él denomina como "involucramiento relativo", es decir, el porcentaje de la fuerza de trabajo no agrícola involucrada en la actividad huelguística a lo largo de un año civil. El Cuadro v muestra claramente una amplia divergencia en el nivel de la actividad huelguística entre diversos países capitalistas desarrollados. No obstante que algunos países han experimentado un descenso, particularmente marcado en los casos de Alemania occidental, Noruega y Suecia, la tendencia general desde el término de la primera guerra mundial ha sido ostensiblemente ascendente, llegando a un clímax en los años setenta.

Cuadro v

TENDENCIAS HUELGUÍSTICAS EN 18 PAÍSES, 1919-1982

	<i>Involucramiento relativo^a</i>					
	1919-38	1946-52	1960-67	1968-73	1974-77	1978-82
Italia	6	199	135	248	371	272
Australia	43	149	108	216	251	210
Francia	22	94	127	135	110	27
Finlandia	6	50	18	47/230 ^b	219	97
Nueva Zelanda	16	49	26	69	102	106 ^c
Reino Unido	24	39	39	69	41	70 ^d
Japón	3	34	35	40	40	10
Estados Unidos	19	28	23	33	26	14
Irlanda	12	25	27	44	43	36
Canadá	12	25	19	38	56	33
Bélgica	31	21	8	17	21	15 ^c
Dinamarca	5	9	8	14	31	29
Suecia	19	9	1	2	5	11
Austria	7	5	17	3	1	1
Alemania	26	5	2	4	4	5
Países Bajos	8	3	3	5	2	2 ^c
Noruega	21	3	1	1	5	4
Suiza	3	0.2	0.2	0.1	0.3	0.2 ^c

NOTAS: (a) Número de personas involucradas en huelgas por cada millar de la fuerza de trabajo no agrícola. Las cifras se refieren a la media geométrica para los años del periodo. (La media geométrica es la raíz cuadrada del producto de un conjunto determinado de números. En comparación con la media aritmética usual, es menos sensible a los valores extremos, como un involucramiento huelguístico excepcionalmente elevado en un año de un periodo.) Probablemente el autor ha excluido los años de dictadura de sus cálculos de los periodos de entreguerra. (b) Hasta antes de 1971 las estadísticas finlandesas excluían los conflictos con una duración menor de cuatro horas, así como formas indirectas de involucramiento. La primera cifra del par es el promedio antes del cambio, 1968-70, y la segunda después de dicho cambio, 1971-73. (c) M. Shalev, "Strikes and the Crisis: Industrial Conflict and Unemployment in the Western Nations", *Economic and Industrial Democracy*, vol. 4, n. 4, noviembre de 1983, pp. 44 ss. (d) El promedio británico abarca un clímax en 1979 y un descenso en 1980-82 al nivel de mediados de los años setenta.

Cambios en las relaciones de clase: en el sitio de producción

Durante los años setenta se verificaron cambios importantes en las relaciones más inmediatas entre las clases del capital y del trabajo asalariado, sólo superados en importancia por los añejos logros iniciales del movimiento laboral. Mientras que el primer periodo de desarrollo o, en algunos países, un periodo posterior de auge habían llevado a la conquista de los derechos sindicales y al establecimiento de cuerpos laborales de inspección, los cambios operados en los años setenta o a comienzos de los años ochenta implicaron restricciones a las prerrogativas empresariales con respecto a las contrataciones y los despidos, la organización del trabajo y las formas y la distribución de los pagos. Asimismo, las normas ocupacionales de salubridad y seguridad adquirieron un carácter considerablemente más estricto, en tanto que los derechos de los sindicatos o de los comités de los trabajadores se ampliaron significativa mente. Un enfoque amplio de estos acontecimientos nos llevaría más allá del marco del presente artículo. Sin embargo, podemos indio car por lo menos brevemente los cambios fundamentales, tanto en la legislación como en los convenios colectivos, dentro de los principales países capitalistas (con excepción de Japón) .

Gran Bretaña: 1974, Ley sobre las Relaciones Laborales y Sindicales (TULRA.Trade Union and Labour Relations Act), Ley sobre Salubridad y Seguridad en el Trabajo; 1975, Ley sobre Protección al Empleo (EPA.Employment Protection Act), Ley sobre Igualdad de Oportunidades; 1976, Ley contra la Discriminación Racial. La TULRA y la EPA ampliaron la estructura y la aplicación de los derechos de los contratos colectivos e impusieron restricciones sobre los despidos. La EPA concedió el pago adicional de horas no laborales a los enlaces sindicales (*shop stewards*) .

Francia: 1973, ley que instituye el derecho de apelación legal en contra de despidos y de reducciones por exceso de mano de obra; 1975, ley que establece la protección al trabajo tratándose de mujeres embarazadas, concediéndoseles goce de sueldo durante su maternidad; 1977, Ley sobre Auditoría Social, concediendo a los empleados el derecho a una amplia información socioeconómica; 1978, legislación para establecer la forma de pago sobre una base mensual para todos los empleados; 1982, Leyes Auroux para la ampliación de los derechos sindicales dentro de las empresas, en lo referente a los contratos colectivos y a la intervención en asuntos de salubridad y seguridad.

Alemania: 1969, Ley sobre Protección en Contra de Despidos; 1970, legislación sobre seguro social conjuntamente con convenios colectivos para elevar el pago por enfermedad al 100% del pago normal para todos los trabajadores y empleados, 1972, enmienda de la Ley de Constitución de 1952, con el fin de ampliar el derecho de los comités de trabajadores a participar en la toma de decisiones; 1973, Ley sobre la Seguridad en el Trabajo; 1976, Ley sobre Co-Determinación.

Italia: 1969, contrato colectivo precursor dentro de la industria química sobre la organización y el control de la seguridad del trabajo y la salubridad ocupacional; 1970, Estatuto de los Trabajadores para la protección de los derechos sindicales dentro de las empresas, así como para la regulación de los despidos; 1971, Ley de Protección a las Madres Trabajadoras; en la primera mitad de los años setenta, "acuerdos de desarrollo" con las principales corporaciones sobre patrones de inversión; 1975, ley para la regulación de las reducciones de personal y las contrataciones a corto plazo; 1977, Ley en contra de la Discriminación; 1977, acuerdo con Olivetti referente a negociaciones sobre la introducción de nueva tecnología, ampliado posteriormente a un acuerdo nacional industrial en 1979.

Estados Unidos: establecimiento de una Administración de Seguridad y Salubridad Ocupacionales (1970) y una Administración para la Seguridad y el Refuerzo de Minas

(1973). Un Proyecto de Reforma Laboral para facilitar la organización sindical y una Enmienda de Igualdad de Derechos no han logrado su aprobación. Dentro de algunos países capitalistas desarrollados de menor rango se realizaron logros aún más importantes. De este modo, en los Países Bajos se aprobó una ley en 1977 que otorgó a los comités de trabajadores el derecho a suspender decisiones económicas importantes por un mes, con la posibilidad de apelar al Tribunal de Justicia de Amsterdam. Asimismo, los comités de trabajadores tienen el derecho de vetar a los candidatos para la junta directiva supervisora, en contra de lo cual los accionistas cuentan con el recurso de apelación ante el Comité Socioeconómico Nacional y, finalmente, ante el Ministerio de Asuntos Sociales. Los empleados tienen el derecho legal a rechazar individualmente una asignación de trabajo peligrosa.

De acuerdo a las Leyes sobre el Ambiente de Trabajo de 1977 decretadas en Suecia y Noruega, los supervisores de seguridad tienen el derecho de interrumpir el trabajo que consideren peligroso para la salud y la seguridad de los empleados. La Ley Sueca sobre Co-Determinación de 1976 erigió en una obligación legal para el patrón el negociar con los sindicatos cada decisión importante para la empresa. Asimismo, estipuló que en cualquier disputa sobre obligaciones de trabajo entre un capataz/gerente y uno o más de los empleados, el sindicato de la planta deberá decir la última palabra, a menos que se llegue a un acuerdo mediante negociaciones de alto nivel o hasta que no se determine una resolución por parte del Tribunal Laboral. También se aprobaron leyes significativas, aunque de menor alcance, sobre las condiciones de la vida laboral en Dinamarca y Finlandia durante la segunda mitad de los años setenta. En Bélgica los derechos de los comités de trabajadores y especialmente de los sindicatos –acceso a la empresa, permiso con goce de sueldo para la capacitación de los miembros del sindicato, etcétera– se ampliaron en los contratos colectivos de 1971 y 1972. En 1974 se aprobó en Austria una Ley de Constitución sumamente modesta –moderada por la mayoría socialdemócrata, sometida a una fuerte presión por parte de la oposición burguesa– en la que se ampliaron las facultades de que habían gozado los comités de trabajadores bajo una Ley decretada en 1919.¹⁰ Suiza es el único país de Europa occidental que no tiene ninguna legislación sobre los derechos sindicales y de los trabajadores dentro de las empresas. En 1976 se rechazó en un referéndum una propuesta sindical conjunta concerniente a los derechos de

¹⁰ Esta perspectiva se basa fundamentalmente en European Trade Union Institute (Instituto Sindical Europeo), *Certain Basic Trade Union Rights in Western European Enterprises*, Bruselas, 1980; T. Kennedy, *European Labor Relations*, Lexington, Mass., 1980; y J. Gevers, *Zeggenschap van werknemers inzake gezondheid en veiligheid in bedrijven*, Deventer, 1982. Las fuentes suplementarias son *Le Monde: Dossiers et Documents*, n. 102, junio de 1983 (Francia); S. Kelman, *Regulating America, Regulating Sweden*, Cambridge, Mass., 1981; S. Bowles et al., *Beyond the Waste Land*, Nueva York, 1983, pp. 92, 109 (Estados Unidos). Véase también la ILO, *Collective Bargaining...*, cito Información verbal se obtuvo de la ILO en Ginebra, cuyo presidente de la División de Seguridad del Trabajo, Georg Kliesch, fue el artífice de los proyectos de ley alemanes no aprobados.

participación. Sin embargo, en negociaciones directas con los patrones en 1975, los sindicatos suizos aseguraron algunas garantías referentes a los despidos o al exceso de mano de obra. En Alemania occidental dos anteproyectos pertenecientes a un proyecto de ley más ambicioso sobre el ambiente de trabajo, a la par con la legislación noruega y sueca, fueron obstruidos por la oposición de derecha. El gobierno de Kohl ha mantenido oficialmente este proyecto en su agenda. Incluso en los Estados Unidos los trabajadores ganaron terreno durante los años setenta con las nuevas agencias reguladoras estatales. Pero no obstante que el aumento del desempleo masivo ha colocado a los trabajadores nuevamente en desventaja, la legislación y los contratos colectivos anteriormente mencionados no se han revocado en ninguna parte.¹¹

Los avances de los trabajadores en el sitio de la producción se han visto equiparados dentro de la esfera de la distribución. El nivel de participación de los trabajadores en el valor agregado, dentro del renglón de fabricación, en los siete países más importantes de la üECD (Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Canadá) se incrementó del 68% en 1972, a un máximo sin precedentes ligeramente mayor al 73% en 1982. Se espera que en 1983 vuelva a descender justo por debajo del 72%.¹²

II. EL CARÁCTER NO LINEAL DE LA HISTORIA POLÍTICA

Derrotas, desilusión y crisis

Estamos conscientes, por supuesto, que Pangloss no constituye una inspiración más apropiada que Casandra para el análisis científico. Nuestro propósito aquí es contribuir a una comprensión, en el contexto del "socialismo científico", de las relaciones de clase y de la lucha de clases, no fungir como los corifeos de un optimismo de contrarresto. El sentido actual de abatimiento tiene indudablemente una base real, pero no puede soslayarse la importancia de que se sitúe a la crisis ideológica y política, o al estado de desconcierto de la izquierda socialista, dentro del marco histórico más amplio del desarrollo general del

¹¹ En los Estados Unidos los tribunales han comenzado a adoptar desde 1980 la noción de despido injusto y a proporcionar compensación por él, en tanto que algunas legislaturas estatales recientemente han aprobado leyes similares a la legislación europea de los años setenta. Aunque esto pueda representar una distracción respecto de la actual ofensiva antisindical, un surgimiento bajo el gobierno Reagan indica la existencia de recias fuerzas sociales. Véase A. Cifelli, "Rolling Back the Freedom to Manage", *Fortune*, 9 de enero de 1984.

¹² *OECD Economic Outlook*, n. 33, julio de 1983, p. 52.

movimiento laboral, lo mismo que de su mayor afirmación y sus logros reales. De otro modo, nuestros amarres en la realidad histórica se verán rotos por una marejada de impresiones y experiencias momentáneas.

El doble objetivo de esta sección es explicar el hecho innegable de que el movimiento laboral y la izquierda socialista se encuentran virtualmente en todas partes a la defensiva, desde el punto de vista ideológico; y valorar las implicaciones políticas de la crisis económica en la que hemos estado viviendo desde finales de los años setenta. Es evidente que ambos objetivos están relacionados, y alguien podría incluso argüir que nuestro análisis ha confundido hasta ahora dos periodos bastante diferentes: uno de elevado desarrollo económico y escasez de mano de obra (los años sesenta y la primera mitad de los setenta), y otro con un bajo desarrollo, cuando no nulo o negativo, y un creciente desempleo masivo, revistiendo cada periodo un perfil político particularísimo. En nuestra opinión, las cifras de progreso en el apoyo electoral, la afiliación sindical, la actividad huelguística, las relaciones industriales y la distribución económica refutan la tesis de un hiato histórico entre ambos periodos. Es verdad, sin embargo, que debe prestarse la debida atención a la nueva situación, simbolizada en las mentes de muchos por los ominosos nombres de Thatcher y Reagan.

En gran medida la presente confusión se deriva del hecho de que la historia, como siempre, no siguió una trayectoria lineal, siendo los avances tan poco intencionales y tan inesperados como las derrotas y las desilusiones. De hecho, ninguno de los proyectos de la izquierda de los años sesenta y setenta (generosamente definidos como tales) llegó jamás a realizarse.

La complacencia de la socialdemocracia con la creciente "economía mixta", festejada en el programa de Bad Godesberg y en otros documentos programáticos de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, pronto se vio desafiada por un amplio movimiento de estudiantes, estratos medios y trabajadores jóvenes que rechazaban la lógica de acumulación del capital y el carácter de mercancía del trabajo asalariado. Fue entonces que en la primera mitad de los años setenta el manejo keynesiano de la crisis recibió un golpe devastador, lo que llevó a la adopción de un nuevo curso del SPD bajo Schmidt a partir de 1974, y al cambio de actitud del gobierno laborista británico en 1976. A pesar de ulteriores avances por parte de un movimiento laboral que tenía ya mucha fuerza, la hegemonía política de la social democracia sueca y noruega se vio erosionada en los setenta, ante el surgimiento de nuevas cuestiones como el medio ambiente, la descentralización y (en el caso de Noruega) la afiliación al MCE. En 1976 una experiencia única en la historia de los trabajadores, y en la historia electoral de la democracia liberal, llegó a su término cuando

los socialdemócratas suecos perdieron el gobierno después de un periodo ininterrumpido de 44 años, durante dos terceras partes del cual habían regido ellos solos. En Bélgica, una incapacidad similar para adaptarse a las nuevas cuestiones –y principalmente problemas nacionales y de lenguaje– había reducido ya durante los años sesenta a la socialdemocracia al nivel de un partido de mediano tamaño. Entre 1961 y 1963 el PSB perdió más de la mitad de su electorado en la aglomeración de Bruselas, disminuyendo sus votos del 41.6% al 20%.

La exitosa resistencia vietnamita a la guerra estadounidense, lo mismo que la explosiva expansión de la educación terciaria, desencadenaron un movimiento radical de izquierda en el que la oleada de manifestaciones estudiantiles, las jornadas de mayo en Francia y el antimperialismo del Tercer Mundo dieron credibilidad a una concepción revolucionaria de la política. Las ideas revolucionarias se propagaron rápidamente entre sectores importantes de estudiantes, jóvenes intelectuales y, en ocasiones, jóvenes trabajadores, nutridos por los vastos procesos de transformación cultural, la emancipación de la tutela de los padres, la liberación sexual, una nueva cultura musical, e incluso reconsideraciones más amplias del papel global de los Estados Unidos y del valor del auge observado durante la posguerra.

Políticamente, la perspectiva radical de izquierda no fue nunca muy realista. Por lo menos con el esclarecimiento que da una mirada retrospectiva, podemos decir que esto se volvió manifiesto el 30 de mayo de 1968, cuando De Gaulle puso término con facilidad al levantamiento de la oposición sin tener siquiera que desplegar, ya no digamos emplear, el intacto poder del aparato represivo del Estado francés. Puesto que, por otra parte, era muy poco probable que algún Estado dentro de la zona del capitalismo avanzado se expusiera a los estallidos fragmentarios de una guerra no nuclear, eran casi nulas las posibilidades de que el movimiento de mayo de 68 adquiriera la significación de un "ensayo general" para una ulterior revolución, como había sucedido en 1905 en el caso de Rusia. Con excepción de un puñado de grupúsculos terroristas, la izquierda radical revolucionaria resultó ser demasiado débil incluso para tener la oportunidad de ser derrotada. Simplemente se evaporó. El legado de organización dejado por la marejada revolucionaria de 1963-70 es en realidad bastante pobre. Hoy, partidos minúsculos capaces de reunir entre el uno y el dos por ciento de los votos en las elecciones nacionales sólo existen en Francia, Portugal e Italia. En contraste, el reformismo neutralista de izquierda que surgió en el periodo de distensión de finales de los años cincuenta condujo a partidos políticamente viables en Dinamarca y Noruega, y también durante algún tiempo en los Países Bajos y Francia.

Las diversas fuerzas y especulaciones políticas situadas entre la socialdemocracia clásica y

la izquierda radical revolucionaria han sufrido también penosas derrotas. Durante algún tiempo a mediados de los setenta pareció como si el poder gubernamental y el comienzo de una transición evolutiva al socialismo estuvieran al alcance del eurocomunismo latino.¹³ A finales de 1977 o 1978, sin embargo, dicha perspectiva se había desvanecido de manera inequívoca. Los socialistas franceses afirmaron su dominio sobre la izquierda francesa, en tanto que los avances del PCI fueron detenidos y luego trastocados en la marisma de la política italiana, con sus campañas terroristas y antiterroristas y las hábiles maniobras de la democracia cristiana reforzadas por una fuerte presión estadounidense. Por su parte, el PC español se ha convertido en una fuerza marginal dentro de la política nacional.

El socialismo de izquierda, algunas veces llamado eurosocialismo, apareció durante algún tiempo como el heredero o el depositario de la misión y los prospectos del eurocomunismo. Pero su declinación no se hizo esperar, lo cual se señaló en primera instancia por los resultados de las elecciones parlamentarias francesas de 1978. Lo que podía quedar del eurocomunismo latino se rescindió en aras de las políticas nacionalistas burguesas y de un manejo de la crisis basado en la austeridad¹⁴ poniéndose de manifiesto en el caso de Francia

una marcada continuidad con las posturas y los empeños imperiales. La radicalización del Partido Laborista Británico –una reacción ante la ignominiosa derrota del laborismo de derecha en 1979– fue frenada incluso antes de la sorprendente derrota de 1983. En el contexto de un gobierno abiertamente antagónico a la clase trabajadora y antisindical, que presidía en medio de un desempleo galopante y una bancarrota generalizada, los laboristas enfrentaron nuevas bajas en todos los sectores de la clase trabajadora. Entre los burócratas, los laboristas registraron más pérdidas que los tories, poniéndose de relieve que la nueva alianza socialdemócrata/liberal difícilmente constituía el único factor decisivo.¹⁵

Todas las tendencias del movimiento laboral, ya sea de derecha, izquierda o centro, han sufrido, por lo tanto, fuertes derrotas en el periodo reciente, en tanto que la izquierda radical se ha visto llevada al punto de una virtual extinción. No sorprende, pues, el que se observe una desmoralización generalizada. Bien podría preguntarse de qué forma estas derrotas encuadran con los avances de la clase trabajadora expuestos en las secciones anteriores. ¿Hay aquí una unidad de contrarios, asible mediante el análisis dialéctico? La respuesta completa a esto nos llevará fuera del marco de la política electoral en un sentido estricto.

13 Para una perspectiva sobre esos periodos, véase M. Bosi y H. Portelli, eds., *Les P. C. espagnol, français et italien face au pouvoir*, París, 1976.

14 Véase P. Lewis, "Southern Europe's Socialist Leaders Move to the Right on Economic Affairs", *International Herald Tribune*, 6 de diciembre de 1983.

15 I. Crewe, "The Disturbing Truth behind Labour's Rout", *The Guardian*, 13 de junio de 1983.

Pero antes es necesario comentar brevemente los brillantes triunfos del movimiento laboral en elecciones recientes.

Tres tipos de avances electorales son dignos de mención. Uno está representado por el ejemplo austriaco de la social-democracia moderada clásica. En 1971, 1974 y 1979, en una secuencia sin paralelo histórico, el SPO se adjudicó más del 50% de los votos, en un sistema multipartidista con representación proporcional. Su resultado de 1983, 47.8% sigue siendo sumamente respetable. Aparentemente, esta es una victoria para una variante del reformismo que, a pesar de cierta radicalización ideológica desde 1977-78, mantiene una postura mucho más cauta que la socialdemocracia escandinava,¹⁶ así como para el proceso de modernización personalista administrativo que gradualmente ha sacado al partido de su mentalidad tradicional de atrincheramiento.¹⁷

El segundo tipo está representado por los socialistas y, de manera secundaria, por la izquierda en general, en Francia, España, Grecia y Portugal. A finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, la izquierda, definida de manera amplia, obtuvo en las urnas victorias extraordinarias en un nivel nacional. Las elecciones griegas de 1981 también establecieron una marca mundial: el PASOK y los dos PC obtuvieron el 60.3%, una cifra jamás alcanzada en elecciones libres por partidos que se proclamaron representantes del socialismo y de la clase trabajadora. Los actuales sistemas partidistas de estos países son todos de reciente formación, después de sucesivos periodos de dictadura o, en Francia, tras épocas de reorganización autoritaria no dictatorial. Los frutos del gaullismo y de las dictaduras han consistido en un desarrollo truncado o interrumpido de partidos de centro clásicos –el liberalismo progresista, la democracia cristiana reformista o el reformismo de la pequeña burguesía con conciencia de clase– y en una agenda de modernización y de reformas urgentes, la cual en general ya se realizó en el norte de Europa. Los nuevos partidos socialistas han sido capaces de sacar provecho de esta situación, apartándose del comunismo y de las soluciones radicales, a la vez que ocupando la posición tanto de la socialdemocracia como del centro pequeñoburgués.

Los componentes socialdemócrata y del centro han sido cruciales, como lo muestra con claridad excepcional la victoria de Mitterand en las elecciones presidenciales de 1981. Rehusándose a escuchar el canto de las sirenas "postsocialistas" de la intelectualidad

16 El reformismo ultramoderado de la socialdemocracia austriaca se halla fuertemente implícito en el informe de la OECD, *Integrated Social Policy: A Review of the Austrian Experience*, París, 1981. Los índices austriacos de empleo son, sin embargo, excelentes.

17 La elección de Kreisky como líder del partido constituyó una derrota para la corriente obrerista tradicional de Viena, que se había opuesto a ella. Véase B. Kreisky, *L'Autriche entre l'Est et l'Ouest*, París, 1979, p. 29.

parisina en boga, Mitterrand se mantuvo firme en un programa político que comprendía nacionalizaciones, y centró su campaña en el clásico problema de desempleo de la clase trabajadora. Al mismo tiempo, mostró señales altamente visibles de moderación, e incluso de anticomunismo y de nacionalismo tradicionalista, al acusar a Giscard de haber sido demasiado condescendiente con los soviéticos. La despolarización resultante fue decisiva para el resultado de las elecciones. Los candidatos de izquierda se adjudicaron conjuntamente un menor respaldo electoral en la primera ronda de 1981 del que la izquierda había conseguido en las elecciones parlamentarias de 1978: 47.8% en comparación con 49.8%. Pero mientras que en 1978 entre el 88 y el 94% de los votantes por partidos burgueses durante la primera ronda electoral también votó por un partido burgués durante la segunda, en 1981 Mitterrand contó en la segunda ronda con el apoyo del 16% de quienes habían votado por Chirac durante la primera. Eso le bastó¹⁸

El tercer tipo de victoria laboral reciente es menos espectacular que los otros dos, pero, dada su avanzada línea de base, es quizás aún más importante para el futuro del movimiento laboral dentro del capitalismo avanzado. La capacidad de recuperación de la socialdemocracia del norte de Europa, a la que se aunó una mayor apertura hacia las fuerzas a su izquierda, tuvo una expresión sumamente dramática en el resurgimiento de finales de los años sesenta por parte del movimiento laboral danés. En 1973 los socialdemócratas, los comunistas y los dos partidos socialistas obtuvieron conjuntamente el 36.7% de los votos, la cifra más baja en la historia del movimiento laboral danés desde 1920. Para 1979 habían alcanzado el 49.7%, cifra superada únicamente por la de 49.9% registrada en 1966. En 1982 los socialdemócratas suecos recuperaron el gobierno, después de que el SAP y el PC se adjudicaron conjuntamente el 51.5%. Más significativa, sin embargo, es la recuperación en Alemania, donde la ruptura de la coalición con los liberales, ocurrida a comienzos del otoño de 1982, ha funcionado como una especie de inyección revigorizante para el SPD. No obstante que el nuevo incremento en el respaldo público resultó ser insuficiente para impedir la victoria de los demócrata-cristianos en las elecciones nacionales de marzo de 1983, el SPD registró importantes triunfos electorales en Hamburgo y en Hesse a finales de 1982 y 1983.

Estas recuperaciones o resurgimientos se han basado sin excepción en la reafirmación de los principios del moderno reformismo progresista. De manera característica los socialdemócratas han mostrado un acercamiento más estrecho con los sindicatos, poniendo un mayor énfasis en la defensa del empleo y del Estado benefactor, al tiempo que han denotado apertura hacia los movimientos ecológicos y pacifistas. Asimismo, han procurado

¹⁸ Véase mi artículo "Prospects for the European Left", *Marxism Today*, noviembre de 1981, donde se analizan las elecciones francesas de 1981 y se proporcionan referencias detalladas.

una base de cooperación con los verdes en Alemania occidental, en forma infructuosa en Hamburgo a finales de 1982, pero posteriormente con éxito en Hesse. Acercamientos similares se han hecho con el Partido Popular Socialista de Dinamarca y con el Partido Comunista de Suecia.

Tendencias sociales y coyunturas políticas

Ahora bien, la unidad dialéctica de los avances y las derrotas de los trabajadores no debería buscarse en el nivel electoral, en la relación entre fórmulas electorales exitosas y fallidas. Ya hemos advertido que los avances en la afiliación, las demandas o la militancia sindicales, o en la legislación y los contratos colectivos, no siempre se apegan al calendario electoral. Ni el análisis histórico contemporáneo ni la evaluación de las perspectivas futuras pueden limitarse a fijar su atención en las políticas gubernamentales y de oposición. Por el contrario, la unidad contradictoria que debemos asir se refiere a tendencias sociales amplias y en gran escala y a coyunturas políticas cambiantes. Los principales avances de los trabajadores pertenecen a las primeras; las derrotas, lo mismo que las victorias electorales, a las segundas. Entre estos dos aspectos se da siempre una disyunción potencial que la teoría socialista debe entender y dominar. Empero, actualmente se observa también una disyuntura real, la cual no podemos aquí sino analizar de manera muy escueta.

Los avances de los trabajadores durante los últimos veinte años, medidos en términos de organización y de derechos efectivos, están vinculados con una serie de procesos históricos dentro de la sociedad. El más típico de ellos es el de *proletarización*. Mientras que los supuestos y las predicciones marxistas tradicionales a este respecto han resultado ser demasiado esquemáticos, las encuestas electorales contemporáneas corroboran por lo general la perspectiva de que existe una fuerte correlación positiva entre el empleo independiente o familiar y el apoyo político a ese derecho. Por consiguiente, es doblemente importante advertir, por ejemplo, que en Francia la proporción de trabajadores y empleados –con excepción de aquellos en niveles gerenciales superiores– entre la población económicamente activa se incrementó entre 1954 y 1975 del 57% al 73%¹⁹ mientras que en Austria ascendió de aproximadamente el 65% en 1961 a cerca del 80% en 1971.²⁰ Los únicos países capitalistas realmente avanzados el donde los patrones, los autoempleados y trabajadores familiares aún constituyen una parte significativa de la población son Japón e

19 M. Goubet y L.-L. Roucolle, *Population et société françaises; 1945-1981*, París, 1981, p. 59.

20 Kowalski, "Arbeitsmarkt", en M. Fischer-Kowalski y J. Bucek, comps. *Ungleichheit in Österreich*, Viena, 1980. p. 160.

Italia, con 28% y 26% respectivamente en 1980.²¹

Un segundo proceso fue el mayor rigor de los mercados de trabajo y el advenimiento general del llamado *pleno empleo*, una tendencia realizada en el periodo de 1955 a 1965 en lo referente al área del capitalismo avanzado considerado globalmente.²² La respuesta europea consistió en una importación masiva de fuerza de trabajo proveniente del sur de Europa, del norte de África y de Turquía,²³ en tanto que otras regiones vieron renovarse una inmigración permanente (por ejemplo, de Latinoamérica a la América sajona). Por lo menos en Europa, esta nueva fuente de trabajo asalariado apenas si conllevó un debilitamiento de la oposición de los trabajadores, pues se integró dentro del marco sindical existente.

En tercer lugar, una serie de cambios culturales han *relajado o anulado los modos tradicionales de control social y clientelismo*. Este proceso está íntimamente vinculado con los dos anteriores, pero reviste también dimensiones propias. Así, de manera muy posterior a lo previsto por los marxistas, un proceso de *secularización* cobró finalmente fuerza en los años sesenta y setenta, y más ostensiblemente en el campo sindical. Aquí los acontecimientos más relevantes fueron la transformación de la CFTC francesa (en su inmensa mayoría) en la CFDT, una confederación sindical pro-socialista y no religiosa, en 1964; la federación de los tres sindicatos metalúrgicos en Italia durante la segunda mitad de los años setenta; la creación de cooperación entre el CIO católico y el FGTB socialdemócrata de Bélgica desde aproximadamente 1970; la fusión en 1977 de las confederaciones sindicales socialdemócrata y católica en los Países Bajos; y la cooperación cada vez más afable entre la nueva federación y la organización de carácter religioso (en gran medida calvinista), el CNV, la cual se ha puesto de manifiesto muy recientemente en las huelgas conjuntas del otoño de 1983 emprendidas por los empleados públicos en contra de un gabinete predominantemente demócrata-cristiano. En Alemania occidental los trabajadores católicos dieron por vez primera en 1972 un mayor apoyo electoral al SPD que al CDU/CSU. El predominio no ha sido consolidado, aunque en su derrota de 1983 el SPD conservó la mayoría de sus logros anteriores entre los trabajadores católicos, mientras que el CDU hizo incursiones entre el electorado tradicional del SPD. Por lo tanto, las diferencias religiosas en la conducta electoral nunca antes habían sido tan poco

21 *Eurostat Review 1971-1980*, Luxemburgo, European Community, 1982, pp. n 9-23.

22 Cf. N. Apple, "The Rise and Fall of Full Employment Capitalism", *Studies in Political Economy*, n. 4, otoño de 1980, p. 29.

23 Cf. United Nations Economic Commission for Europe, *Labor Supply and Migration in Europe*, Nueva York, 1979.

significativas en la República Federal.²⁴

En Francia, 8% de los católicos practicantes regulares apoyó a Mitterrand en 1965, mientras que el 20% votó por la izquierda en las elecciones parlamentarias de 1978.²⁵

Al mismo tiempo, la proporción de católicos que se identifican como tales entre la población francesa disminuyó del 87% en 1966 al 81% en 1977, en tanto que el número de los no practicantes se elevó del 23% de todos los católicos en 1966 al 50% en 1977.²⁶ Otro vasto proceso social ha sido la liberación de la tutela de la *familia* patriarcal. Esto se ha caracterizado por dos aspectos. Uno fue la reafirmación de la *rebelión juvenil*, tras un periodo de docilidad de posguerra. De 1967 a 1978 las tendencias de izquierda entre los votantes franceses hasta los 29 años registraron un aumento del 44% al 68% entre aquellos entre los 30 y los 39 años del 43% al 57%, y entre aquellos con un margen de edad de 40 a 49 años del 40% al 48%.²⁷ Como resultado de su *mayor independencia*, las mujeres han a la vez aumentado su participación electoral y votado más frecuentemente por la izquierda, aunque esta tendencia es más manifiesta en Gran Bretaña y Alemania que, por ejemplo, en Francia.²⁸

Finalmente, en cuarto lugar, el avance histórico de los trabajadores está vinculado a cambios complejos dentro del capitalismo avanzado, los cuales han sido contradictorios en sus efectos. La expansión en el alcance de las relaciones capitalistas de producción

24 U. Feist et al., "Das Wahlverhalten der Arbeiter bei der Bundestagswahl 1983", *Gewerkschaftliche Monatshefte*, n. 7, 1983, p. 419. En 1972 el SPD obtuvo una mayoría de votos de la clase trabajadora católica.

25 R. W. Johnson, *The Long March of the French Left*, Londres, 1981, p. 109.

26 Ibid., p. no.

27 G. Grunberg y E. Schweisguth, "Profession et vote: La poussée de la gauche", en J. Capdeville et al., *France de gauche, vote de droite*, Paris, 1980, p. 148.

28 Anteriormente, por ejemplo, durante la gran marejada de los trabajadores inmediatamente después de la segunda guerra mundial, los partidos socialdemócratas y comunistas obtenían virtualmente en todas partes menos respaldo de las mujeres que de los hombres, como hubiera sido de esperarse del menor involucramiento de las mujeres en la fuerza de trabajo. A lo largo de los años cincuenta y sesenta esta diferencia fue socavada por completo en Gran Bretaña, Alemania y Suecia. En Francia el hiato se ha ido reduciendo progresivamente a partir de 1956, cuando el 47% de los hombres y el 34% de las mujeres votaron por la izquierda, siendo esta proporción en 1973 de 51% por 41% en tanto que en 1978 de 52% por 46%. Véase J. Lovenduski y J. Hills, comps., *The Politics of the Second Electorate*, Londres, 1981, pp. 16, 127, 174, 223. Los dispersos datos disponibles en el caso de Italia sugieren que la excesiva carga de representación demócrata-cristiana dentro del electorado femenino comenzó a declinar después de 1968. Ibid., p. 203.

–reflejada en la tendencia descendente del empleo independiente y el empleo familiar– se ha visto acompañada y sucedida por un importante proceso de restructuración interna. Mientras que los sectores tradicionales de carácter textil, minero (carbón), metalúrgico y de construcción naviera han declinado sin excepción, en su lugar han surgido industrias como la electrónica, la ingeniería eléctrica, la petroquímica y otras. En muchos países, particularmente en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, esta tendencia ha implicado un cambio geopolítico en la inversión y la población que va desde las áreas más fuertes del movimiento laboral en el norte hasta las más débiles en el sur,²⁹ tendiendo a desmoralizar a la vieja clase trabajadora y a hacer crecer a los estratos nuevos y más aquiescentes. En Europa, sin embargo, por lo menos hasta hace muy poco, este tipo de desarrollo se ha visto más que compensado por otra tendencia del capitalismo desarrollado moderno: a saber, la rápida expansión del Estado y la igualmente rápida transformación de las principales tareas de rutina del Estado capitalista avanzado.

Hemos llegado al meollo del debate político en torno a la actual crisis económica. En nuestra opinión, la evidencia disponible sugiere fuertemente que el *surgimiento del capitalismo del Estado benefactor* constituye un desarrollo irreversible que aporta una base fundamental a todas las luchas futuras de la clase trabajadora. Los progresos recientes de los trabajadores son, por lo tanto, una conquista histórica que no puede invalidarse por medios democráticos: los ataques actuales contra el Estado benefactor sólo pueden generar menoscabos y deterioros marginales, suponiendo que –lo cual parece muy probable– se mantengan los principios de la democracia liberal.

Antes de examinar este desarrollo histórico más detalladamente, es preciso que resumamos las conclusiones de nuestro anterior análisis. La posición de los trabajadores frente al capital ha mejorado recientemente como resultado de procesos sociales de amplios alcances, los cuales han socavado el control patriarcal y familiar de la producción, desafiado a las formas religiosas y clientelistas de control social y división de clases, incrementado la escasez de la fuerza de trabajo en el mercado, y disminuido la dependencia respecto del mercado de trabajo para su sustento por parte de quienes carecen de bienes. Estos procesos se han desarrollado según su ritmo propio, teniendo directamente poco que ver con designios gubernamentales o de partido. Los consiguientes avances de los trabajadores se han sustraído en gran medida, por consiguiente, a los esquemas de la

²⁹ Para una perspectiva interesante de las tendencias geosociales recientes en Gran Bretaña, véase *Marxism Today*, abril de 1983. No debe olvidarse, sin embargo, que las disparidades regionales de carácter político y socioeconómico fueron de manera general mayores en el pasado. En el caso de los países de la CEE, el complejo registro de diferenciación regional en el ingreso y el empleo, sugiere que ésta se mostró ligeramente declinante en los años sesenta y setenta. Cf. W. Nicol y D. Yuill, "Regional Problems and Policy", en A. Boltho, comp., *The European Economy*, Oxford, 1982, p. 415.

estrategia y la táctica políticas.

Las clases son irreductibles a proyectos políticos, partidos o gobiernos, por lo que elementos ajenos a las cuestiones de clase se insertan inevitablemente en el campo coyuntural del conflicto político. Desde otro ángulo, sin embargo, todas las fuerzas del movimiento laboral han contribuido a los avances históricos recientes de esta clase, aun cuando éstos no hayan materializado jamás los proyectos del movimiento. Esto también es cierto de la izquierda radical revolucionaria, cuya rebelión y cuyo desafío ayudaron significativamente a resquebrajar el carapazo del acuerdo estabilizador de las relaciones industriales durante la posguerra. En consecuencia, en la historia reciente del capitalismo avanzado, los progresos y las derrotas de los trabajadores están constituidos como una unidad de contrarios a través de la no linealidad de la historia política –desplazándose de una coyuntura compleja a otra– y a través de la independencia fundamental de vastos procesos sociales con respecto a la planeación política consciente. Sin embargo, para una perspectiva política simplista acerca de la estrategia y la táctica –derecha, izquierda o centro–, las derrotas han sobrevenido como sorpresas absolutas, en tanto que las victorias han llegado inadvertidas por la espalda.

III. LA TRANSFORMACIÓN DEL CAPITALISMO AVANZADO: EL SURGIMIENTO DEL CAPITALISMO DEL ESTADO BENEFACTOR

En los años sesenta y setenta el capitalismo avanzado sufrió una callada aunque importante transformación, la totalidad de cuyos efectos y alcances económicos, sociales y políticos está aún por ser explorada. Este cambio se expresó más claramente en un rápido crecimiento de los flujos de ingresos políticamente determinados y regulados de la economía, lo mismo que en una transformación estructural de la rutina cotidiana del Estado. El término "capitalismo de Estado benefactor" tiene sin duda sus desventajas: en la Gran Bretaña, el Estado benefactor es más o menos lo mismo que el Servicio Británico de Salud Nacional, y al parecer el término de "capitalismo de Estado benefactor" (*welfare state capitalism*) ya tenía un uso generalizado en los años cincuenta.³⁰ Empero, el término no parece desgastado dentro de las discusiones internacionales, si bien no ha adquirido una completa legitimidad en el discurso marxista, el cual prefiere usar expresiones como "capitalismo tardío", "capitalismo de monopolio de Estado" o "capitalismo intervencionista de Estado". Espero que el concepto, tal como lo uso aquí, no parezca demasiado apolillado, no sólo por razones de estilo, sino también por la novedad reciente del fenómeno que denota.

30 P. Anderson, Comunicación oral.

El advenimiento del capitalismo del Estado benefactor

Como tendencia, el capitalismo de Estado benefactor implica que una parte cada vez mayor de los ingresos de la gente quede determinada mediante normas y derechos políticos, y que las actividades de rutina del Estado se consagren cada vez más a la regulación y al suministro de Seguro Social, servicios médicos, cuidado social y educación. Esta tendencia resulta más evidente en la magnitud del gasto público, una proporción cada vez mayor del cual implica transferencias de ingreso a familias. Empero, puede ser también fructífero considerar al proceso desde el ángulo de los últimos receptores de los ingresos, en términos de la magnitud relativa de las diferentes fuentes de dichos ingresos. Las rutinas del Estado pueden medirse muy fácilmente por el patrón del gasto público, aunque otro indicador válido, y no demasiado complicado, es el patrón del empleo público.

Por supuesto, el gasto público queda comprendido dentro de categorías muy diferentes: la inversión pública, las compras públicas de armas y de otros bienes y servicios, los salarios de los empleados públicos, los subsidios y las transferencias de ingresos a familias (frecuentemente administradas y desembolsadas a partir de fondos del seguro público legalmente separados del propio aparato de Estado). Los ingresos del Estado provienen principalmente de la economía capitalista, a la que de manera general se restituyen. En ese sentido, un enorme sector público no altera *per se* la dinámica capitalista fundamental, pero debido a su influencia masiva sobre la determinación de los ingresos, afecta de manera crucial las relaciones de clase del capitalismo avanzado moderno. El análisis marxista convencional acerca de la intervención del Estado en la economía, centrado sobre las relaciones capital-Estado y sobre las implicaciones de la intervención del Estado para la competencia, el monopolio y el curso de los ciclos mercantiles, resulta, por lo tanto, inadecuado. Consideremos primero algunas cifras.

Alrededor de 1982 los países de la OCDE estaban comprendidos dentro de tres grupos definidos: i] los países en donde el gasto público constituía una parte predominante del producto nacional (Suecia, los Países Bajos, Dinamarca, Bélgica y Francia); ii] los países en que ascendía a un poco menos de la mitad de dicho producto (Canadá, Austria, Alemania, Irlanda, Italia, Noruega y el Reino Unido); y iii] los países en que comprendía alrededor de una tercera parte del mismo (Estados Unidos, Japón, Australia, Nueva Zelanda, Finlandia, España, Suiza, Grecia y Portugal).

Es evidente que el patrón no se presta a una explicación de tipo socialdemócrata, ni a algún otro esclarecimiento político fácil. Si bien Suecia puede responder a un estereotipo semejante, no ocurre así con la elevada colocación de los Países Bajos, Bélgica y Francia. Finlandia, regida por un fuerte movimiento laboral, no está lejos del nivel de los Estados Unidos, Austria y Alemania se hallan próximas a Irlanda y Canadá, donde el partido laborista constituye una fuerza minoritaria. Y así sucesivamente.

Cuadro VI

GASTO PÚBLICO EN LOS PAÍSES DE LA OCDE: 1960-1982.
DESEMBOLSOS TOTALES COMO PORCENTAJE DEL PRODUCTO
NACIONAL BRUTO, DE ACUERDO A LOS "PURCHASERS
VALUES" A LOS PRECIOS CORRIENTES

	1960	1970	1982
Canadá	29.3	35.8	45.4
Estados Unidos	28.1	33.0	38.0
Japón	17.0	19.4	33.0
Australia	22.7	26.0	30.7 ^a
Nueva Zelanda	29.7	27.2	33.6 ^b
Austria	36.3 ^c	38.2	48.2
Bélgica	30.3	36.5	51.7 ^a
Dinamarca	...	41.4	59.7 ^d
Finlandia	26.4	31.1	39.0 ^d
Francia	33.8	38.6	51.6
Alemania	31.4	37.3	48.6
Grecia	23.4	28.1	33.6 ^a
Irlanda	32.0	37.9	49.8
Italia	29.9	33.3	47.4
Países Bajos	29.9	40.6	58.9 ^d
Noruega	26.4	41.0	48.1
Portugal	...	...	30.7 ^{b e}
España	17.7 ^c	.5	29.5 ^b
Suecia	31.3	43.8	64.4 ^d
Suiza	...	21.3	29.9 ^{b e}
Reino Unido	33.2	38.0	46.1

NOTAS: (a) 1980; (b) 1979; (c) 1964; (d) 1981; (e) gasto corriente
FUENTE: *OECD National Accounts*. Datos de 1982 sin publicar hasta
la fecha amablemente proporcionados por el Secretariado de la
OECD.

Las poderosas fuerzas subyacentes en la tendencia observada en el Cuadro VI quedan demostradas por el hecho de que el gasto público ascendió en Estados Unidos bajo el régimen de Reagan del 35.4% del PNB en 1980 al 38% en 1982; en tanto que en la Inglaterra de Thatcher se incrementó del 42.6% 1978 al 46.1 % en 1982. Los mucho más progresistas gobiernos burgueses de Suecia, los cuales llegaron al poder en 1976 tras 44 años de dominio socialdemócrata, presidieron el más rápido crecimiento del gasto público en tiempos de paz de la historia sueca: del 51.9% en 1976 al 64.4% en 1981. De nuevo observamos la disyuntiva entre las tendencias sociales y la política del gobierno y de la

oposición.

Si nos remontamos más allá de los análisis estadísticos ordinarios y observamos la magnitud relativa de las tres fuentes de ingresos (jornales y salarios del empleo gubernamental, ingresos empresariales y sobre bienes, y beneficios sobre seguro social y asistencia social), resultará evidente que la estructura del gasto público no carece de efectos significativos sobre las relaciones de clase. Podemos usar como indicador al "gasto final del consumo gubernamental" menos el "consumo intermedio", es decir, la compra de equipo civil o militar y servicios externos.

Por consiguiente, en los países capitalistas avanzados de hoy, entre una tercera y una quinta parte de todos los ingresos familiares se derivan de los ingresos públicos, y no de los bienes o el trabajo asalariado destinado al capital público o privado; esta cifra tiene en cuenta cualquier doble contabilidad originada por la inclusión de las contribuciones por concepto de Seguro Social de los empleadores públicos en las estadísticas de ingresos públicos. Sólo en Japón son los ingresos sobre bienes claramente mayores que los ingresos derivados de los ingresos públicos. Por supuesto que las cifras pueden considerarse desde diferentes ángulos, ya sea como una expresión de cambios importantes dentro del capitalismo moderno, del desarrollo extraordinario del Estado, o de la sorprendente elasticidad del capitalismo. En Suecia, por ejemplo, todavía se observa un capitalismo privado vigoroso, encabezado por renombradas transnacionales suecas, y sin embargo los ingresos sobre bienes correspondientes a familias de las clases acaudaladas no ascienden sino a la mitad de los ingresos recibidos de las instituciones del Seguro Social del Estado benefactor.

Cuadro VII

FUENTES DE LOS INGRESOS FAMILIARES EN PAÍSES
SELECCIONADOS DE LA OCDE EN 1980 COMO PORCENTAJE
DE LAS PERCEPCIONES CORRIENTES

	<i>Ingresos derivados del empleo público*</i>	<i>Seguro Social**</i>	<i>Ingresos empresariales y sobre bienes</i>
Estados Unidos	13 ^a	12	17
Japón	8 ^b	12	23
Francia	12	24	20
Alemania	14 ^b	18 ^b	22 ^b
Italia	10 ^c	17	28
Reino Unido	16	12	16
Países Bajos	12 ^a (9)	25	16
Suecia	22 (12)	21	10

* En el caso de los Estados Unidos, Japón e Italia, sobre los cuales no hay datos directos disponibles en las obras de referencia internacionales, los ingresos del empleo público se han calculado restando el "consumo intermedio" del "gasto final del consumo gubernamental", aun cuando con ello quedarán incluidos algunos costos operativos. La doble contabilidad en lo que respecta a Suecia y los Países Bajos puede exagerar la cifra verdadera en un 1%. Todos los datos están calculados desde la perspectiva de costos del empleador, incluyéndose de este modo las contribuciones por concepto de seguro social. Estas últimas tienen una importancia mayúscula en Suecia y Francia, una significación mediana en los Países Bajos, Italia y Alemania y una significación menor en Estados Unidos, el Reino Unido y Japón. Las cifras entre paréntesis en el caso de Suecia y los Países Bajos se refieren a los sueldos y los salarios públicos sin contribuciones de los empleados. En ningún caso se incluye la compensación de los empleados de corporaciones públicas.

** Seguro Social, asistencia social y "prestaciones.

NOTAS: (a) 1978; (b) 1979; (c) 1976.

FUENTES: Calculadas a partir de OECD, *National Accounts 1963-1980*, vol. II, cuadros nacionales 8 y anexo 1; los ingresos derivados del empleo público en Francia y Alemania se han calculado a partir de IMF, *Government Finance Statistics Yearbook 1982*, Washington, 1982; los sueldos y los salarios públicos en el caso del Reino Unido, los Países Bajos y Suecia se han calculado a partir de fuentes nacionales, *Social Trends*, n. 13, Londres, HMSO, 1982, p. 88; CBS, *Nationale rekeningen*, La Haya Staatsuitgeverij, 1983, p. 118; *Arbetsmarknads-statistik Arsbok 1982-1983*, Estocolmo, SOS, 1983, pp. 158, 163.

El análisis político y social, tanto marxista como no marxista, ha omitido registrar una importante transformación interna que ha tenido lugar recientemente en el seno del Estado del capitalismo avanzado. Porque aunque su capacidad represiva y aniquilador a no ha cesado de desarrollarse, la rutina predominante del Estado en su actividad cotidiana —según lo indican los patrones del gasto y el empleo públicos— se ha centrado sobre el Seguro Social, el bienestar público y la educación pública. En comparación con la época de Engels, quien en una ocasión caracterizó atinadamente al Estado como un "destacamento especial

de hombres armados", se trata verdaderamente de una transformación notable. Fue durante los setentas cuando la mayoría de los Estados capitalistas avanzados se convirtieron en Estados benefactores, en el sentido de que el gasto para el bienestar se volvió el tipo predominante de desembolso estatal.

En términos de sus compromisos presupuestales, el Estado capitalista avanzado ha sido adaptado, por encima de todo, para la educación y el mantenimiento de los ingresos.³¹ El *estatismo* ha adquirido de manera evidente un nuevo significado, como lo demuestran gráficamente las cifras de 1977 correspondientes al régimen de Giscard, descendiente moderno del absolutismo clásico francés. Incluso discursos en boga como el antiestatismo parisiense parecen tener muy poco que ver con la realidad. Por supuesto, también es cierto que muchas de las discusiones marxistas clásicas de los años sesenta y setenta acerca de "el" carácter del Estado capitalista parecen haberse aherrumbrado, cuando se les examina fríamente a la luz de los conocimientos estadísticos de hoy. Por otra parte, quienes lo deseen pueden sentir alivio en el hecho de que los libros de texto vulgares de ciencia política no ofrecen una mejor guía hacia la verdad.

Nuestra intención no es analizar aquí al Estado benefactor o explicar su surgimiento, sino únicamente subrayar su importancia política y social. Antes que nada, las tendencias presentadas anteriormente deberán proporcionar una perspectiva histórica a las discusiones actuales sobre la "crisis del Estado benefactor": esta crisis, si puede llamársele así, se presenta después de un periodo de expansión masiva, sin precedentes en cuanto a su escala o velocidad; y por lo menos hasta ahora, los ataques al Estado benefactor han tenido una significación marginal al lado del desarrollo precedente. En realidad, podría aventurarse la predicción de que la tendencia básica es irreversible.

31 Algunos países -principalmente Alemania y Austria- contemplan planes muy generosos de seguro social para los servidores civiles y militares del Estado, y frecuentemente mantienen pagos bastante considerables para las víctimas de guerra. Puesto que estas dos formas de beneficio tienen orígenes muy antiguos, y puesto que ninguna de ellas nos dice nada acerca del compromiso del Estado con el seguro social y la educación, parece conveniente hacer caso omiso de ellas en el presente contexto.

Cuadro VIII

GASTO PARA EL BIENESTAR DENTRO DEL GASTO PÚBLICO TOTAL.
PROTECCIÓN DEL INGRESO, SERVICIOS MÉDICOS, ASISTENCIA
SOCIAL Y EDUCACIÓN COMO PORCENTAJE DEL GASTO PÚBLICO
TOTAL EN PAÍSES SELECCIONADOS DE LA OCDE EN 1977,
EXCLUSIÓN DE LAS PROVIDENCIAS PARA EMPLEADOS PÚBLICOS
Y VÍCTIMAS DE GUERRA

Estados Unidos	52.3
Japón	41.6
Francia	66.3
Alemania	54.8
Italia	56.5
Reino Unido	45.0
Países Bajos	55.9
Suecia	59.2

FUENTES: ILO, *The Cost of Social Security 1975-77*, Ginebra, 1981, cuadro 2; OECD, *National Accounts 1963-80*, vol. II, París, 1982, anexo y cuadro nacional 9.

La política del capitalismo avanzado se está dirimiendo actualmente sobre un terreno moldeado en gran parte por el Estado benefactor. Su elemento primario no es, por consiguiente, un conjunto de cuestiones, sino de nuevas *fuerzas sociales*. El capitalismo de Estado benefactor significa un reajuste parcial de la relaciones sociales, la cual complica y restringe de manera crucial el alcance del nexo capital-trabajo. Sin embargo, el patrón sociopolítico resultante tiene poco que ver con aquellas perspectivas que se centran en la sociedad postindustrial, el postmaterialismo³² o los Nuevos Movimientos Sociales.

La política del capitalismo de Estado benefactor

Antes que nada, jamás debe olvidarse que el capitalismo de Estado benefactor sigue siendo capitalismo. No sólo se mantienen las cuestiones clásicas de la política capitalista, sino que la actual crisis económica constituye una amenaza para los logros del capitalismo de Estado benefactor —pleno empleo, seguro social, mayor igualdad entre hombres y mujeres—, convirtiéndolos de esta manera en problemas políticos centrales. Sería un error fundamental sugerir que el Estado benefactor plenamente desarrollado ha, siquiera en apariencia, suprimido los objetivos básicos de la militancia de la clase trabajadora, como los salarios, las condiciones de trabajo, el empleo y el seguro social.³³

32 Cf. R. Inglehart, *The Silent Revolution*, Princeton, 1977.

¿Cuáles han sido las cuestiones principales en las elecciones recientes de Europa occidental? La victoriosa campaña de Mitterrand en 1981 giró indudablemente en torno al desempleo y la "justicia social" (es decir, la igualdad), y de manera ostentosa Chirac fue el primero en hacerse eco de la primera de estas preocupaciones, aunque no, por supuesto, de las soluciones propuestas.³⁴ Análogamente, el resurgimiento de los socialdemócratas suecos en septiembre de 1982 puede atribuirse a las cuatro promesas de Estado benefactor hechas durante su campaña electoral: indexación de las pensiones para ancianos, abolición del nuevo periodo de espera en el seguro médico, un mayor apoyo al seguro de desempleo, y un mayor subsidio estatal para la atención social en los municipios.³⁵ Quizás resulta aún más reveladora la evidencia a partir de las derrotas electorales de los trabajadores en Inglaterra y Alemania occidental (Cuadro IX).

33 Incluso un escritor de la talla intelectual de Claus Offe se permite ser atraído por un argumento de esta índole, apoyándose en la autoridad de Habermas. Véase su por lo demás brillante y bien reflexionado ensayo, "New Social Movements as a Meta Political Challenge", Area de Sociología, Universidad de Bielefeld, 1983, próxima publicación estadounidense en preparación.

34 Cf. *Le Monde: Dossiers et Documents*, "L'Election présidentielle 26 avril-10 mai 1981", París, 1981, pp. 50, 81, 119 ss. En este expediente, compilado de manera más bien extraña, se proporciona al lector más información sobre lo dicho por *Pravda* con respecto a las elecciones que sobre los temas presentados en las pancartas, las reuniones y las manifestaciones del partido socialista. Pero no obstante que este énfasis refleja el clima parisiense de obsesivo anticomunismo, los principales discursos de los diversos candidatos llegan a figurar.

35 L. Asklof proporciona un informe interno sobre la campaña del SAP en "Sa vanns valjarna", *Tiden*, n. 7, 1982.

Cuadro IX

LAS CUESTIONES CLAVES PARA LOS VOTANTES EN LAS
ELECCIONES DE INGLATERRA Y ALEMANIA DE 1983

	<i>Cuestiones mencionadas, según el porcentaje del electorado</i>	
	<i>Alemania</i>	<i>Inglaterra</i>
Desempleo	62	72
Política pacifista/defensa	37	38
Pensiones	33	8
Deuda pública	33	—
Desarrollo económico	22	—
Protección ambiental	18	—
Precios	—	20
Atención médica	—	11
Educación	—	6
CEE	—	5

NOTA: Los diversos asuntos se formularon de manera diferente en las dos encuestas. En Alemania se pidió a los encuestados que determinaran cuál de las seis primeras cuestiones había afectado más la forma en que habían votado. En Inglaterra no hubo ninguna restricción en cuanto a las cuestiones que podían mencionarse.

FUENTES: Ivor Crewe en *The Guardian*, 13 y 14 de junio de 1983; *Politogram, infas-Report*, "Bundestagswahl 1983", Bonn/Bad Godesberg 1983, citado en U. Feist y K. Liepelt, "Die Wahl zum Machtwechsel", *Journal für Sozialforschung*, vol. 23: 3, 1983.

No puede haber duda, por lo tanto, respecto a que las cuestiones clásicas de la clase trabajadora y del Estado benefactor siguen teniendo una importancia abrumadora a ojos de los electorados de Europa occidental. Dado el presente clima intelectual, también parece necesario señalar que el respaldo de los trabajadores asalariados manuales constituye aún un prerrequisito para una victoria por parte de la izquierda. En la segunda ronda de las elecciones presidenciales de 1981, Mitterrand se adjudicó el 72% de los votos de los trabajadores,³⁶ mientras que en Suecia los socialdemócratas han reunido entre el 60 y el 75% de los votantes de la clase trabajadora en cada una de las elecciones a partir de la segunda guerra mundial.³⁷ El respaldo de carácter más voluble obtenido por el SPD alemán ha sido más débil entre la clase trabajadora y más fuerte entre los estratos medios³⁸ Empero,

36 Datos de SOFRES, tomados de *Le Nouvel Observateur*, 1-7 de junio de 1981.

37 C. Buci-Glucksmann y G. Therborn, *Le défi social-démocrate*, París, 1981, p. 281. Los cálculos se han efectuado con base en encuestas suecas oficiales.

38 En 1976 el SAP sueco y el SPD alemán obtuvieron casi el mismo respaldo electoral general, 42.7% y 42.6% por cierto respectivamente. Empero, el fundamento de clase de los dos partidos fue significativamente diferente.

la derrota del SPD en 1983 se debió en primera instancia a un cambio dramático en las consignas ideológicas de los trabajadores. De acuerdo a una encuesta, su delantera sobre los demócrata cristianos se redujo del 35% entre los trabajadores calificados y del 27% entre los trabajadores no calificados y semicalificados en 1980, al 7% y al 4% respectivamente en 1983.³⁹ Otra encuesta señaló que su ventaja entre todos los trabajadores había caído del 32 al 14% durante el mismo periodo.⁴⁰ La derrota del Partido Laborista Británico en 1983 se debió principalmente a una pérdida de 12 puntos en su porcentaje entre los trabajadores calificados, una mayoría de los cuales votó por los tories, y de 11 puntos entre los trabajadores no calificados y semicalificados, quienes, a diferencia de Alemania, constituyen el núcleo del respaldo electoral del Partido Laborista.⁴¹

No, el advenimiento del capitalismo de Estado benefactor no ha evacuado a la política de clase ni a la gama tradicional de las cuestiones inmediatas de las diversas clases. Más bien, lo que hace es alterar los parámetros de la política de clase.

Los efectos políticos reales del capitalismo de Estado benefactor son complejos y contradictorios. Uno de ellos es hacer más volátil a la política. El carácter aparentemente irreversible de la adscripción del seguro social y del compromiso del gobierno por lograr el nivel más alto posible de empleo, ha traído consigo que estas cuestiones ya no se consideren como algo que pertenece y compete exclusivamente a la socialdemocracia. De hecho, si vemos el Cuadro IX resulta evidente que una mayoría de los electorados inglés y alemán creyó que las políticas tories o demócrata-cristianas ofrecían mejores expectativas con respecto al desempleo, que las que podía ofrecer un gobierno laborista o

	SAP
	SPD
Trabajadores manuales	
	63
	52
Empleados de oficina de rango medio y bajo	
	38
	44
Empleados de oficina de alto rango y trabajadores independientes	
	22
	30

39 Feist y Liepelt, op. cit.

40 U. Feitz, H. Krieger y P. Uttitz, "Das Wahlverhalten der Arbeiter", cit., p. 417.

41 Ivor Crewe en *The Guardian*, 13 de junio de 1983.

socialdemócrata. Al mismo tiempo, un formidable 80% del electorado que votó en favor de Thatcher rechazó las reducciones en la educación, en los servicios de salud y en el bienestar público.

Esta volatilidad de las preferencias electorales parece depender, a su vez, de estabilizadores y marginalizadores institucionales inherentes. Quizás el estabilizador más poderoso sea la provisión de pensiones y servicios para la población anciana dentro del capitalismo de Estado benefactor: no sólo debido a la escala económica de quienes conforman este núcleo (10.7% del PNB de Alemania occidental en 1980),⁴² sino también debido al peso político de los pensionados (29% del electorado alemán en 1980, y probablemente más hoy día, y 25% del electorado inglés en 1983).⁴³ Es mucho menos probable que los pensionados modifiquen su lealtad de partido a que lo hagan los votantes más jóvenes; es considerable lo que está para ellos en juego en la preservación del Estado benefactor. De este modo, ni siquiera el gobierno Reagan ha podido meter mano en el seguro social, según el sentido estadounidense de esta expresión: es decir, las pensiones para ancianos.⁴⁴

Otro mecanismo estabilizador del capitalismo de Estado benefactor es su capacidad para marginar la privación y la oposición. Las instituciones de seguro de desempleo y los contratos colectivos han reducido la presión del ejército de reserva de trabajo sobre los salarios reales de los trabajadores con empleo, de modo que durante los años setenta éstos realmente llegaron a mostrar una correlación positiva con la tasa de desempleo.⁴⁵ De manera análoga, el incremento dramático del desempleo en Inglaterra, del 5.1% de la población económicamente activa en 1979 al 12% en 1982, estuvo acompañado por un ligero aumento en el gasto de los consumidores, medido según precios constantes.⁴⁶ (Si bien los mecanismos de este proceso pueden diferir con relación al mencionado por

42 Calculado a partir de Bundesminister für Arbeit und Sozialordnung, *Sozialbericht 1980*, Stuttgart, 1980, pp. 147, 149.

43 Las cifras alemanas han sido calculadas a partir de *Gesellschaftliche Daten 1982*, Bonn, 1982, pp. 13, 319; en tanto que los datos sobrepensionados británicos a partir de *Social Trends*, 13, Londres, 1983, p. 12. En ambos países la edad para pensionarse es de 65 años para los hombres y de 60 para las mujeres.

44 A. Heidenheimer et al., *Comparative Public Policy*, segunda edición, Nueva York y Londres, 1983, p. 234.

45 Bowles, "The Post-War Accumulation Process: The Keynesian Welfare State and the Capital-Labour Stalemate", disertación presentada en el coloquio de la Basso Foundation, *Le trasformazione del welfare state tra storia e prospettive del futuro*, Turín, diciembre de 1981, pp. 14 ss.

46 *Economic Trends*, Londres, marzo de 1983, pp. 10, 36.

Bowles, el efecto sigue funcionando como un aislante ante el trauma de estar sin trabajo.)

La conclusión conservadora de esta marginación y esta aquiescencia inducida fue expresada en la forma más brutal por un artículo editorial del *Times* del 11 de junio de 1983, dos días después de la victoria de Thatcher:

Seguramente que esta victoria electoral ha mostrado que los trillados intentos de invertir al fenómeno del desempleo de cierta moralidad estadística no han engañado a los electores, ya que por lo visto más de una tercera parte de aquéllos afectados por el desempleo votó por los conservadores. Sin embargo, el desempleo estadístico ha llegado a establecerse. Es necesario, por lo tanto, descubrir un lenguaje diferente que nos permita explorar los poderosos cambios que habrán de afectar a todo el patrón del trabajo en la sociedad durante los años ochenta y noventa.

El capitalismo de Estado benefactor también alberga y fomenta un anticuerpo político de considerable importancia: *el liberalismo de derecha*. Éste ha hallado expresión en los gobiernos de Thatcher y de Reagan y, quizás de manera todavía más impresionante, en tendencias escandinavas recientes. Así, en Suecia en 1982 los llamados moderados registraron su porcentaje electoral más alto desde 1928, antes del inicio del largo reinado socialdemócrata de 1932 a 1976. En Noruega, el primer gobierno conservador desde 1930 se halla actualmente en el poder, en tanto que Dinamarca tiene su primer premier conservador desde 1901. Esto no significa, por supuesto, el regreso de la vieja derecha. De hecho, uno de los rasgos políticos más señalados de la actual configuración de la crisis es que mientras que el liberalismo de derecha estuvo en casi todas partes a la defensiva durante los años treinta, atajado a su izquierda por la socialdemocracia, los frentes populares y el liberalismo de izquierda de nueva propuesta, y a su derecha por el fascismo y la reacción de derecha, lo que presenciamos actualmente es consecuencia de la *re-cimentación* de la derecha.

Esta nueva derecha es producto del auge, el modo cambiante de la acumulación y las transformaciones culturales que surgieron en el capitalismo de Estado benefactor. Viene a ser una fuerza de gerencialismo y privatización seculares, poco ligada a los bienes y a los símbolos de autoridad tradicionales, y por ende atractiva también para los sectores de la clase trabajadora y de los estratos medios desvinculados de sus círculos comunales y de sus tradiciones políticas y culturales.⁴⁷ El ascenso de Thatcher a la cumbre del partido tory, y la gravitación de la derecha estadounidense bajo Reagan en torno al sudoeste, tipifican este proceso. Otros ejemplos son la victoria de Giscard d'Estaing sobre los herederos legítimos del gaullismo, así como el surgimiento de partidos liberales de derecha como los principales beneficiarios de la secularización política en los Países Bajos y Bélgica. El nuevo liberalismo de derecha es parasitario del Estado benefactor. No obstante que sus ataques aprovechan la frustración popular con los costos y las normas reguladoras del Estado benefactor, su amplio respaldo masivo está sustentado en el entendido de que ni

47 Cf. R. Williams, "Problems of the Coming Period", *New Left Review*, 140, julio-agosto de 1983, pp. 16 ss.

siquiera un gobierno de derecha habrá de dismantelar a dicho Estado benefactor,⁴⁸ y de que reducciones marginales, aunque sensibles, se están efectuando también bajo la socialdemocracia.

Las nuevas fuerzas de la izquierda

Hasta ahora, esta visión general de la política del capitalismo de Estado benefactor ha configurado un cuadro más bien sombrío para la izquierda: las pensiones para ancianos han estabilizado, desde el punto de vista electoral, al 25-30% de los votantes en torno al statu quo; los mecanismos de Estado han aislado a los desempleados y a los pobres del resto de la población; y los mismos logros de los trabajadores han permitido a la derecha ampliar de manera considerable su espacio sociopolítico para lanzar ataques sobre las conquistas del movimiento laboral. Sin embargo, la nueva etapa del capitalismo avanzado ha generado también nuevas fuerzas dentro de la izquierda, principalmente en los *sindicatos del sector público* y en la esfera de la *reproducción socializada*. Como se muestra en el Cuadro x, el empleo del sector público ha asumido proporciones importantes dentro de los países más desarrollados del capitalismo de Estado benefactor.

El desarrollo del empleo público se debe principalmente al desarrollo de los servicios del Estado benefactor. Suecia con un sector empresarial público más bien pequeño y Dinamarca con uno minúsculo tienen más empleados públicos que países con importantes industrias públicas, tales como Austria y Francia. En 1982, después de las nacionalizaciones, el empleo público total en Francia comprendía al 29% de la población económicamente activa.

Cuadro X

EL EMPLEO DEL SECTOR PÚBLICO COMO PORCENTAJE DEL EMPLEO TOTAL, 1979

Australia	25.9
Austria	30.8
Canadá	21.8
Dinamarca	31.0 ^d
Finlandia	23.0
Francia	23.3
Alemania	22.5
Italia	20.6
Japón	6.5 ^a
Países Bajos	18.7 ^b
Noruega	25.3 ^b
Suecia	37.2 ^c
Reino Unido	29.7
Estados Unidos	18.0

NOTAS: (a) Excluyendo a corporaciones públicas. (b) Calculado en años-hombre, lo cual hace que arroje una cifra más baja con relación a otros países debido al difundido

48 Los conservadores británicos aseguraron esto de manera explícita en su campaña. Véase, por ejemplo, la declaración del Secretario de Estado para Servicios Sociales, Norman Fowler, referida en el *Sunday Times*, 8 de junio de 1983, p. 5.

ejercicio del trabajo de medio tiempo dentro del sector de servicios sociales. (e) Cifra del empleo gubernamental para 1978, cifra de las corporaciones públicas para 1977. (d) 1981.

FUENTES: Francia: *La fonction publique en 1981*, La Documentation Francaise, París, 1982, p. 10; Austria: CEEP, *Die Offentliche Wirtschaft in der Europäischen Gemeinschaft*, Berlín, 1981, p. 154; Dinamarca y Finlandia, *Den offentliga sektorns sysselsättningsutveckling in Norden under 1970-talet*, Oslo, 1983, p. 6; todos los demás países: OECD, *Employment in the Public Sector*, París, pp. 12, 79.

En países como Inglaterra y Suecia los empleados públicos y los pensionados ancianos conforman conjuntamente más de la mitad de la población en edad de votar, en tanto que en Alemania occidental la proporción se halla cerca del 50%. Incluso en Estados Unidos aquellos que derivan sus ingresos primarios del gobierno, como los empleados públicos o los beneficiarios del seguro social y de la asistencia social, constituían alrededor del 35% de la población adulta en 1975.⁴⁹ En la mayoría de los países desde Japón hasta Europa occidental, con exclusión de Estados Unidos, los empleados públicos han estado en épocas recientes en mejores condiciones y más fuertemente sindicalizados que los trabajadores y los empleados del sector privado, con unas cuantas excepciones industriales. De este modo, en Inglaterra el 72% de todos los empleados públicos estaban sindicalizados en 1976, contra el 34.% de los empleados del sector privado.⁵⁰ Hay fuertes evidencias de que esta tendencia continúa, actualmente también en los Estados Unidos, donde los sindicatos del sector privado se encuentran por lo general en declive y sosteniendo una lucha defensiva.⁵¹

El sindicalismo del sector público ha tenido como consecuencia que la mayoría de los empleados estatales han dejado de ser meros miembros del aparato de Estado o parte de una burocracia weberiana. En lugar de ello, se hallan unidos en la forma más universal de organización de la clase trabajadora y trenzados en conflictos colectivos de interés con el Estado como empleador. La mayor parte de los empleados públicos de bajo nivel se encuentran entre quienes tienen que soportar lo más fuerte de los ataques de la nueva derecha. Pero en contraste con otras víctimas, como las personas que viven de la beneficencia pública, cuentan con recursos considerables para resistir, como Margaret Thatcher al igual que James Callaghan lo han experimentado en el servicio británico de salud, y como el gobierno belga de derecha hubo de admitirlo en la enorme huelga del sector público estallada en septiembre de 1983. Es simplemente un error imaginar que las demandas tradicionales de la clase trabajadora, lo mismo que sus luchas y sus formas de organización, están obligadas a declinar con el número de trabajadores industriales (obreros) .

Aunque se ha procedido a la nacionalización de algunas empresas insolventes en una serie de países, la expansión del empleo del sector público no ha implicado por lo general una ampliación de la propiedad pública de los medios de producción. De hecho, como lo muestran los casos opuestos de Austria y Suecia en el Cuadro X, no existe un nexo automático entre los niveles de la propiedad industrial nacionalizada y el empleo público.

49 R. Rose, "Changes in Public Employment", Centre for the Study of Public Policy, Universidad de Strathclyde, Glasgow, 1980, p. 91.

50 Ibid., p. 86.

51 Kjellberg, op. cit., pp. 124 ss, y Mielke, op. cit.

Es principalmente el trabajo asalariado de reproducción –educación, salud, cuidado a los niños y a los ancianos, etcétera– el que se ha socializado, al grado de que a mediados de los años setenta abarcaba aproximadamente la mitad de todo el empleo público en Inglaterra y Estados Unidos, alrededor del 40% en Italia y muy por encima del 50% en Suecia.⁵² Para 1980 los empleados públicos comprendidos dentro de tal trabajo asalariado reproductivo eran en Suecia 20% más numerosos que los trabajadores industriales (obreros).⁵³

Estos trabajadores y empleados reproductivos no se encuentran trabados en un conflicto directo e inmediato con el capital, como el proletariado en el sentido clásico del término. Por otra parte, desempeñan un papel importante en la nueva dimensión de la lucha de clases –externa al nexo capital-trabajo asalariado, pero dependiente de él– que difiere de comercio o de la agricultura de la familia patriarcal en que tiende, por lo menos parcialmente, a jalar el tapete del respaldo masivo de debajo de los pies del capital.

Los intereses de los trabajadores y los empleados reproductivos no tienen directamente nada que ver con la acumulación de capital: están ajustados a las relaciones humanas, más bien que a las mercancías. Otra implicación crucial es que el sector público reproductivo proporciona a las mujeres un escape parcial de la autoridad patriarcal. Evidencias de tipo impresionista indican también que la izquierda favorable a Been en Inglaterra, el partido comunista holandés y los verdes de Alemania occidental reclutan en gran medida a sus militantes más jóvenes entre el sector público reproductivo. Asimismo, en Suecia una encuesta electoral de 1979 estableció que el partido comunista obtuvo el 12% de los votos entre el sector general de "cuidado, educación y cultura", en comparación con el 5% entre los trabajadores industriales (obreros) y el 5.6% entre la totalidad del electorado.⁵⁴

Esta inclinación hacia la izquierda puede deberse en parte al hecho de que gran parte de la generación estudiantil de 1968 desembocó en el sector reproductivo. Pero también parece haber una falta estructural de afinidad entre el mundo de las mercancías y de la acumulación de capital, por una parte, y aquel de los maestros ordinarios, los trabajadores de los hospitales, los trabajadores sociales y el personal de los centros de asistencia social, por la otra. Actualmente, en Suecia, todo este sector constituye casi una cuarta parte de la población económicamente activa.

Formas de la política de izquierda dentro del capitalismo avanzado

El capitalismo avanzado es un término que abarca Estados con parámetros políticos muy diferentes. Tales Estados comprenden una potencia mundial y algunas otras potencias de segundo orden, las cuales centran sus preocupaciones principalmente en las cuestiones clave del conflicto Este-Oeste, y cuyas decisiones militares determinan el destino de los pueblos. Otros Estados vienen a ser peces pequeños en el juego internacional del poder, ya sea a manera de peones de las alianzas militares o de ocupantes de una periferia neutral. Los países capitalistas avanzados varían también grandemente en su composición

52 Rose, p. 88.

53 G. Therborn, *Klasstrukturen i Sverige 1930-1980*, Lund, 1981, pp. 30, 45, 64.

54 S. Holmberg, *Svenska valjare*, Estocolmo, 1981, p. 303.

económica. El gasto social público asciende al 10% del PNB en Japón, al 14% en Estados Unidos, al 26% en Francia (bajo Giscard) y al 31% en Suecia, mientras que la porción del empleo del sector público oscila desde el 37% en Suecia y el 30% en Inglaterra hasta un 6 o 7% en Japón. La industria empleó al 43% de la población económicamente activa en Alemania occidental durante 1982, pero sólo al 28% en Estados Unidos.⁵⁵ En el renglón de edades de 15 a 64 años, el empleo civil osciló en 1982 del 79% en Suecia al 46% en España y al 52% en los Países Bajos.⁵⁶ En Italia, el mercado de trabajo ha marginado a una gran proporción de los menores de 24 años, contrastando fuertemente la relación de 7:1 del empleo adulto con respecto al juvenil con el promedio de la OCDE de 2.6:1.⁵⁷ Es muy probable que estas y muchas otras diferencias afecten nuestro diagnóstico de la situación actual; de hecho, debe ocurrir así, siempre y cuando tengamos cuidado con extrapolar a partir de la experiencia de un país. En la palestra de la política nacional, muchos países capitalistas avanzados cuentan con un partido socialdemócrata ya sea fuerte o en el poder, figurando también en ellos un partido comunista principal y varios partidos comunistas significativos. Irlanda y Canadá tienen movimientos laborales muy débiles política. mente, en tanto que en Estados Unidos no hay ninguno de importancia. Nada indica que sea posible que este mosaico tan abigarrado se modifique en el futuro próximo. En el caso de aquellos países que han tenido una historia democrática desde la segunda guerra mundial, no se han registrado cambios importantes desde el acuerdo de posguerra de 1947-42, aparte de un fortalecimiento general de la izquierda moderada.

Si bien el socialismo no figura en la agenda inmediata de ninguno de los países capitalistas avanzados de nuestros días, debe admitirse que el surgimiento del capitalismo de Estado benefactor ha restringido la esfera hegemónica del capital. Los movimientos de 1968 ejercieron sus principales efectos en el surgimiento de la socialdemocracia griega y latina, lo mismo que en los avances más modestos del PCI. El movimiento feminista ha modificado significativamente el discurso político y ayudado a impulsar una legislación reformista respecto al aborto, el divorcio, la discriminación ocupacional, etcétera, pero sus efectos políticos por lo general se han disipado. La izquierda continúa rigiéndose de manera aplastante por hombres, en tanto que los ataques de la nueva derecha sobre el Estado benefactor intentan restituir a las mujeres al seno de la familia. El ambientalismo se volvió una cuestión política de cierto peso durante los años setenta, pero su limitada repercusión parece haber declinado en la actual crisis económica. Sus resultados políticos más directos han sido la derrota de los socialdemócratas suecos ante una coalición burguesa en 1976, y 1970, y el logro de una modesta presencia parlamentaria por parte de la izquierda de Alemania occidental tras décadas de frustraciones.

También ha habido algunos acontecimientos positivos sorprendentes. Pocos podrían haber anticipado, por ejemplo, que el luteranismo en Alemania occidental, el catolicismo en Estados Unidos y, en parte, el catolicismo en Holanda desempeñarían su papel actual de oposición a la carrera armamentista y, en el caso de Estados Unidos, la intervención

55 OECD, *Employment Outlook September* 1983, París, 1983, p. 87.

56 G. Therborn, "States, Gender and the Rate of Unemployment", ensayo sin publicar, 1983, p. 5. Datos tomados de fuentes de la UECD y el Eurostat.

57 OECD. op. cit., p. 88.

imperialista de ese país en Centro América y en otras partes. Asimismo, el movimiento feminista ha llegado a ser un componente central del nuevo movimiento pacifista.

La heterogeneidad de las condiciones dentro del capitalismo avanzado, así como el expediente de extrapolaciones y esperanzas mal encauzadas, deberían instar a la izquierda a ser cauta y modesta en sus proclamas políticas. Sin embargo, quienes buscan basar su orientación táctica y estratégica sobre la práctica y la evidencia empírica no deberían permitir que los silencie el relumbrón de las modas cambiantes. La experiencia del pasado nos proporciona algunas pautas para orientar una política de izquierda en el futuro. Una lección evidente debe ser que es preciso conceder una atención rigurosa no sólo a las coyunturas políticas, sino también a las tendencias sociales. Una de las cuestiones básicas aquí, la cual es determinante para nuestra interpretación de la crisis actual y de las estrategias para el futuro, es si el capitalismo del Estado benefactor representa un desarrollo irreversible del capitalismo avanzado, o si vino a ser únicamente una coyuntura pasajera, un último parpadeo del keynesianismo. Como hemos visto, todas las evidencias disponibles apuntan en la primera dirección. Incluso la predicción del Tesoro del gobierno de Thatcher, el más reaccionario y unilateral dentro del capitalismo desarrollado, anticipa que en el peor de los casos (o, en su opinión, en el mejor) se tendrá un nivel de gasto público en 1990-91 similar al exhibido bajo Callaghan en 1977-78.⁵⁸

Una izquierda de cara al futuro tiene que recurrir a su pasado reciente con objeto de resistir a las modas del presente. Es preciso combatir vigorosamente las ideologías anti-Estado benefactor, antisindicales y antipartidos, incluso cuando aparezcan revestidas de tintes "izquierdistas" y tomen prestados argumentos y frases al lenguaje de la emancipación. Cualesquiera que sean las intenciones de sus autores, estas ideologías son hoy, como lo fueron en el pasado, las voces de la reacción y del revanchismo de derecha. Tampoco constituye la tarea principal del presente o del futuro predecible el abolir al capitalismo a través de la reducción del tiempo de trabajo. El trabajar para el capital no es el peor de los males: incluso en los Países Bajos, donde los desempleados reciben el 80% de su salario anterior durante el primer año y 70% durante los dos siguientes, la gente considera por lo general al desempleo como un mal o un desastre.⁵⁹ Las visiones de un crecimiento lento, negativo o de cero han sido ampliamente probadas en la actual crisis, y en modo alguno para satisfacción de todos.

El proceso real de reexamen que debe emprender la izquierda socialista tiene que centrarse sobre dos proyectos distintos. El primero es el desarrollo de una perspectiva socialista que permita alternativas para un esfuerzo y una creatividad significativos, siendo que los primeros logros de los trabajadores y de las mujeres correspondieron esencialmente a la seguridad y la igualdad colectivas. Hoy ha dejado de ser claro que cualquier avance ulterior de las fuerzas productivas requerirá de una mayor socialización del proceso de trabajo. Cuando IBM se propuso superar a los "cinco hombres en una cochera" de Apple Personal Computers, trataba deliberadamente de disipar su imagen de corporación gigante y

⁵⁸ *The Times*, 7 de octubre de 1983.

⁵⁹ Una encuesta reciente entre los desempleados en los Países Bajos a cargo de F. Va1kenburg y A. ter Huurne ofrece un panorama sombrío de la situación. Véase *De Volkskrant*, 15 de diciembre de 1983.

simular la estructura de una administración autónoma en grupo pequeño.⁶⁰ La planeación macroeconómica ha perdido su poder de convencimiento, y los socialistas deben ahora demostrar no únicamente que las corporaciones transnacionales gigantes y la especulación bursátil son los enemigos de la productividad imaginativa y creadora, sino también que el socialismo tiene algo positivo que ofrecer a este respecto.

La segunda prioridad consiste en sacar las conclusiones necesarias de las disyunciones pasadas entre las tendencias de clase y los proyectos políticos. El socialismo no avanza mediante la formulación del programa correcto y el ulterior encauzamiento de las masas hacia él. En los países capitalistas desarrollados, las tareas más inmediatas consisten en comprender las tendencias sociales complejas indicadas anteriormente –pero hasta ahora descuidadas en gran medida por la izquierda–; y en dominar las tendencias políticas coyunturales mediante el desarrollo de una fórmula para el éxito electoral democrático que reconozca la irreductibilidad de las coyunturas políticas a simples decisiones preferenciales sobre el futuro tipo de sociedad.

La izquierda ha estado demasiado asentada entre la proclamación y la denuncia, la ilusión y la desilusión. Los tiempos actuales requieren del análisis y de la imaginación creadora con base en el análisis.

[Tomado de *New Left Review*, n. 145, Londres, 1984. Traducción de Lorenzo Aldrete]

60 Cf. "How the PC Project Changed the Way IBM Thinks", *Business Week*, 3 de octubre de 1983.